

Es tiempo de Nuestra América



Abril 2022
Año 45, 2ª época
Edición digital

Foto de tapa: Cecilia Larrabure
Diseño editorial: Macarena González

**Publicación internacional de
análisis y opinión de la Agencia
Latinoamericana de Información**

ISSN No 1390-1230
Director: Osvaldo León

ALAI: Dirección Postal
Casilla 17-12-877, Quito, Ecuador

Sede en Ecuador
Av. 12 de Octubre N18-24 y Patria,
Of. 503, Quito-Ecuador
Telf: (593-2) 2528716 - 2505074
Fax: (593-2) 2505073

URL: <http://alai.info>

Redacción:
info@alainet.org

Publicidad:
alaiadmin@alainet.org

ALAI es una agencia informativa, sin fines de lucro, constituida en 1976 en la Provincia de Quebec, Canadá.

Las informaciones contenidas en esta publicación pueden ser reproducidas a condición de que se mencione debidamente la fuente y se haga llegar una copia a la Redacción.

Las opiniones vertidas en los artículos firmados son de estricta responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento de ALAI.

A partir de 2020, la revista se publica sólo en edición digital, de acceso abierto en www.alai.info/revista/

EDITORIAL

1 Es tiempo de Nuestra América

Colectivo Editorial ALAI, OBSAL y Secretaría Operativa de ALBA Movimientos

ESCENARIOS

4 Las Guerras Híbridas y el rol de la OEA

Silvina Romano y Aníbal García Fernández

9 La disputa por la democracia en América Latina y el Caribe

Héctor Béjar

DIÁLOGOS

15 Enrique Dussel: “El intelectual debe ser un militante, debe tomar partido”

Lautaro Rivara

20 Ralph Gonsalves: “la integración latinocaribeña es necesaria, pero ha sido discontinua”

Laura Capote y Leticia Garziglia

PROBLEMÁTICAS

27 La metamorfosis de los monstruos: nuevas y viejas derechas

Emiliano López y Adrián Pulleiro

32 Paramilitarismo y sicariato en América Latina

OBSAL

39 La cuestión migratoria en Mesoamérica: de la crisis estructural a la injerencia norteamericana

Carlos Mauricio Ferolla

44 Más allá de la independencia “de bandera e himno”: el neocolonialismo en el Caribe

Kandis Sebro

ALTERNATIVAS

49 La batalla comunicacional y el campo revolucionario

Pedro Santander Molina

55 Formación para la emancipación: la experiencia de ALBA Movimientos

Sistema Continental de Formación Política

59 Procesos constituyentes del siglo XXI: antecedentes, balances y desafíos

Hernán Vargas Pérez





Es tiempo de Nuestra América

Colectivo Editorial ALAI, OBSAL y
Secretaría Operativa de ALBA Movimientos

¿Qué estación ha seguido a la cálida primavera latinoamericana y caribeña de principios de siglo? Aún no es seguro. Lo que sí es claro es que la trayectoria del péndulo se ha acortado: ya no produce grandes desplazamientos a derecha e izquierda, sino apenas algunos movimientos espasmódicos. El empate, en todo caso, se ha dado sobre condiciones muy poco ventajosas para las mayorías populares de la región, considerando las urgencias de una crisis que es económica, climática y ahora también, crecientemente militar.

Sin embargo, hay procesos de largo aliento, subterráneos, “ríos profundos” como los llamara el novelista peruano José María Arguedas, que de todas maneras siguen su curso: con gobiernos populares o neoliberales, con o sin pandemia, incluso con o sin guerra europea. Al decir del poeta e independentista puertorriqueño Juan Antonio Corretjer, sigue siendo tiempo de Nuestra América, porque el de América es “un tiempo que no acaba”.

La próxima Asamblea Continental de la Articulación de Movimientos Sociales y Populares hacia el ALBA que reunirá en Buenos Aires, hacia fines de Abril, a más de 150 delegadas y delegados, es expresión de esos procesos, que son la condición excluyente de cualquier transformación social de envergadura. La presente edición, la número 555 de la revista América Latina en Movimiento, se propone como un material que pueda acompañar a un evento histórico, que trazará un curso de acción para las fuerzas vivas de la región –obreras, indígenas, campesinas, afrodescendientes, juveniles, de mujeres– durante al menos el próximo quinquenio.

La primera parte, “**Escenarios**”, ofrece una mirada panorámica sobre la historia reciente y la actualidad geopolítica de la región, poniendo el foco en el concepto de “guerras híbridas” y en las encarnizadas disputas por la democracia y sus múltiples sentidos. La segunda, “**Diálogos**”, desarrolla dos extensas conversaciones con dos intelectuales y militantes de renombre: el “universalmente situado” filósofo Enrique Dussel, y el Primer Ministro de San Vicente y las Granadinas y activo promotor de la unidad caribeña, Ralph Gonsalves. La tercera parte, “**Problemáticas**”, se adentra en algunos de los temas más candentes de nuestra actualidad: el ascenso aparentemente indetenible de nuevas derechas y sectores ultrareaccionarios; la extensión de las estrategias paramilitares y el sicariato para el control de territorios periféricos; la irresuelta crisis migratoria, desde el istmo centroamericano hasta los Estados Unidos; y los problemas derivados del neocolonialismo en el Caribe anglófono, francófono e hispanohablante. La cuarta y última parte, “**Alternativas**”, busca arrojar una primera síntesis sobre algunos de los pasos más notables dados por los pueblos y las organizaciones de la región en al menos tres campos decisivos: la “batalla comunicacional”, la formación y educación política y los procesos constituyentes.

Esta edición especial de la revista fue elaborada en conjunto entre el colectivo editorial de ALAI, el Observatorio de la Coyuntura de América Latina y el Caribe del Instituto Tricontinental y la Secretaría Operativa de ALBA Movimientos. Esperamos que su lectura sea de utilidad y les invitamos a contribuir con su amplia difusión.

ESCENARIOS





Las Guerras Híbridas y el rol de la OEA

Silvina Romano y Aníbal García Fernández

De la Guatemala de Jacobo Árbenz en 1954, a la Bolivia de Evo Morales en 2019, la OEA tiene un extenso prontuario intervencionista. Sus acciones y sus declaraciones no son hechos aislados: hacen parte de la guerra híbrida practicada por el establishment norteamericano, como actualización estratégica de las viejas doctrinas de seguridad nacional.

En las últimas décadas fuimos testigos de diversos mecanismos de desestabilización que condujeron a golpes de Estado “blandos” o convencionales. En estos procesos se articulaban diversas estrategias implementadas por las derechas y las élites locales, que en ocasiones encontraron apoyo en gobiernos o sectores de poder de países como EE. UU. e incluso de miembros de la Unión Europea. Los vínculos organizacionales y personales que habilitan estas relaciones tienen como base una arquitectura institucional creada, en buena medida, a inicios de la Guerra Fría, y consolidada a lo largo de las últimas siete décadas.

En aquel entonces, con la excusa de la “contención del comunismo” —preocupación máxima de la política exterior de EE. UU.— se organizó su aparato de inteligencia, incluyendo la institucionalización de la guerra psicológica. Esta guerra formaba parte de una serie de estrategias que podían operar en conjunto o de forma aislada, incorporando entre otras cuestiones a las operaciones encubiertas: “... actividades conducidas o financiadas por este gobierno contra Estados o grupos extranjeros hostiles, o a favor de Estados aliados, que se planean y ejecutan de modo tal que el gobierno estadounidense no aparece como responsable, a los fines de poder desentenderse de tales hechos y personas [incluyendo] propaganda, guerra económica, (...) asistencia a movimientos insurgentes, guerrillas y grupos de refugiados, así como el apoyo a grupos anticomunistas locales en países que estén amenazados por el comunismo en el mundo libre” (FRUS, 1945-1950).

A su vez, la guerra psicológica fue organizada y definida bajo el paraguas de lo que se dio en llamar “guerra política”, entendida como la continuación de la guerra por otros medios. Esta abarcaba desde acciones abiertas como alianzas políticas, medidas económicas y propaganda, hasta acciones encubiertas y apoyo clandestino a socios o amigos en otros países, así como la

guerra psicológica y el apoyo e incentivo de la resistencia de base en países enemigos (FRUS, 1948).

Con el transcurso de las décadas, parte de estas estrategias se fueron naturalizando. Pasaron a formar parte de la “diplomacia pública” y se institucionalizaron en buena medida a través de una arquitectura de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales articuladas en torno a la “asistencia para el desarrollo”. Tanto estas herramientas como las actividades vinculadas a operativos encubiertos se articulan en torno a procesos de desestabilización que pueden ser concebidos como guerras híbridas (Korybko, 2019). Incluyen acciones de guerra “que pueden ser en, gran medida, no imputables y, por tanto, aplicables en aquellas situaciones en las que acciones más abiertas —y atendiendo a su grado de exposición—, podrían generar rechazo” (García Guindo y Martínez Valera González, 2015), y son reconocidas como una continuación o de la “guerra especial o “limitada o flexible”, que en América Latina es identificada como una guerra contrainsurgente.

Un aspecto clave del componente de guerra psicológica y política en las guerras híbridas es la manipulación de la opinión pública local y global. En la era de las comunicaciones, es clave el posicionamiento de medios de comunicación y el clima imperante en las redes sociales. En los procesos de desestabilización suele operar con bastante eficiencia una manufacturación de consenso (Chomsky y Herman, 2000) entre voces expertas y líderes de opinión que inclinan las percepciones y sentimientos a favor o en contra de determinados grupos, sectores o líderes políticos. Los organismos internacionales y regionales pueden ocupar un rol importante en esta dinámica.

La vía diplomática como presión política: el rol de la OEA en la guerra híbrida

Los organismos regionales e internacionales vienen desarrollando un rol importante en la configuración, legalización y legitimación de esta arquitectura institucional de Guerra Fría, anclada en las relaciones centro-periferia. Uno de los ejemplos más claros en la región es el rol de la OEA, activa en operaciones de desestabilización y golpes de Estado contra gobiernos calificados como comunistas o progresistas. Según diversos expertos, organismos como la OEA “facilitan la expansión de las fuerzas económicas y sociales dominantes con las siguientes características: 1) encarnan las reglas que facilitan la expansión de órdenes mundiales hegemónicos; 2) son en sí mismas un producto del orden mundial hegemónico; 3) legitiman ideológicamente las normas del orden mundial; 4) cooptan a las élites de los países periféricos y 5) absorben las ideas contra hegemónicas” (Cox, 1981).

El antecedente más contundente en este sentido fue el operativo de guerra psicológica implementado contra el gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala (1951-1954), que incluyó deliberadamente la presión diplomática. En los documentos de la Décima Conferencia Interamericana realizada en marzo de 1954 en Caracas podemos leer: “la amenaza de una conferencia de la OEA o de Ministros de Relaciones Exteriores debe ser realizada y reiterada en el modo debido. El objetivo de la conferencia es proporcionar evidencia de que Guatemala constituye una amenaza para la solidaridad hemisférica y para la seguridad interna de las naciones debido a la agresiva subversión comunista” (FRUS, 1952-1954). También se evidencia este objetivo en los documentos del “Operativo Éxito”, mediante el cual se organizó la desestabilización y golpe de Estado contra el gobierno de Arbenz. Desde

entonces, la OEA siguió legitimando procesos de intervención en asuntos internos, apoyando la desestabilización y desmoralización de gobiernos de turno.

¿Qué hace la OEA hoy?

Es precisamente en tiempo de gobiernos progresistas, y en particular a partir de la asunción de Luis Almagro como Secretario General, que la OEA encarnó con mayor visibilidad y potencia el injerencismo, en sintonía con el “imperialismo recargado” de Donald Trump (Romano, 2020). Las políticas respecto a Venezuela son solo una muestra de la falta de apego a las normas y de la evidente sumisión a intereses concretos de determinados gobiernos, como el de EE.UU.

No obstante, fue en el golpe de Estado en Bolivia en donde la injerencia de la OEA adquirió su grado máximo, cambiando el rumbo de la política interna y allanando el terreno a un golpe de Estado. En las elecciones de octubre de 2019, la Misión de Observación Electoral de la OEA afirmó en un informe preliminar la presunta existencia de un fraude de parte del partido oficialista (el Movimiento al Socialismo). Dicho informe, que sostenía la hipótesis de golpe sin pruebas fehacientes, fue tomado como una prueba de verdad por diferentes actores: por la oposición y voces expertas locales, y a nivel internacional por los medios de comunicación y las redes sociales.

Pero, ¿por qué tuvo tanta fuerza esa opinión de la Misión de Observación Electoral? ¿qué fue lo que permitió que influyera rápidamente a nivel local e internacional? Esto se debe al mencionado entramado institucional, que persiste desde la Guerra Fría hasta la actualidad. Este se encarga de articular intereses, financiamiento y personas y organizaciones —que de modo de-

liberado o no— promueven ideas y políticas contrarias a la soberanía, la autodeterminación y la intervención del Estado en la economía. Una de las trayectorias personales más interesantes en este sentido es la del propio Almagro, vinculado desde mucho antes de las elecciones de 2019 a parte de la derecha boliviana y a instituciones regionales y globales. Describiremos dos ejemplos:

1) En diciembre de 2019, a poco tiempo de perpetrado el Golpe en Bolivia, Arturo Murillo, ministro del gobierno de facto, inauguró su cargo viajando a EE.UU. Allí sostuvo reuniones con Luis Almagro y con la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). También visitó a Mauricio Claver-Carone (actual presidente del BID) y participó del evento en AS/COA junto al senador norteamericano Marco Rubio.

2) En 2017 Almagro fue galardonado en Washington con el premio Freedom (Erbol, 2017). Recibió el premio de mano del expresidente boliviano, Jorge “Tuto” Quiroga, en presencia del opositor venezolano Carlos Vecchio. La Freedom House es una organización internacional financiada entre otros por la National Endowment for Democracy (NED), la Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID) y el Departamento de Estado estadounidense (Ampuero, Romano y Calderón Castillo, 2017). La Heritage Foundation fue uno de los *think tanks* que nutrieron al gobierno de Trump con personal especializado en diferentes áreas (Maler, 2018).

A modo de conclusión

La deriva que tomó la OEA bajo la dirección de Luis Almagro, viene siendo abiertamente criticada por diversos actores y sectores, incluso al interior de la misma institución. Sin embargo, tal como hemos expuesto, no se tratan de hechos aislados en la historia de un organismo forjado al calor del “anticomunismo” (como enemigo *all inclusive*) que caracterizó la política interamericana, bajo directrices estadounidenses, durante la Guerra Fría (con preocupantes elementos de continuidad) (Romano, 2022). Es importante hacer visibles las redes institucionales, organizacionales y personales que se reproducen desde aquellos años; conocer los programas y proyectos que estas redes realizan en los países de la región; revisar sus objetivos, el destino del presupuesto que manejan y los intereses de fondo. Este conocimiento y su divulgación forma parte de las tareas urgentes en torno al reclamo y ejercicio de la soberanía y autodeterminación de los pueblos de Nuestra América.

Referencias:

Ampuero, Romano y Calderón Castillo, 2017 "Oposición boliviana: La unidad (im)posible". CELAG. Disponible en: https://www.celag.org/oposicion-boliviana-la-unidad-imposible/#_ftn8

Cox, Robert 1981 "Social forces, states and world orders: beyond international relations theory" *Millenium: Journal of international Studies*, vol 10, n° 2, pp, 126-155.

Chomsky, Noam y Herman, Edward 2000 *Los guardianes de la libertad*. Barcelona: Crítica

ERBOL 28 abril 2017 "Almagro recibe premio Libertad de manos de Tuto" Disponible en: https://anteriorportal.erbol.com.bo/noticia/politica/28042017/almagro_recibe_premio_libertad_de_manos_de_tuto

García Guindo y Martínez Valera González, 2015 "La guerra híbrida: nociones preliminares y su repercusión en el planeamiento de los países y organizaciones occidentales". *Instituto Español de Estudios Estratégicos*. Documento de trabajo. Disponible en: https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_trabajo/2015/DIEEET02-2015_La_Guerra_Hibrida_GUindo_Mtz_Glez.pdf

Korybko, A. 2019 *Guerras Híbridas. Revoluciones de colores y Guerra no convencional*. Buenos Aires: Batalla de Ideas.

Maler, Jonathan 2018 "How One Conservative Think Tank Is Stocking Trump's Government" *The New York Times Magazine*, 20 junio. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2018/06/20/magazine/trump-government-heritage-foundation-think-tank.html>

Romano, Silvina (2022) "Guerra, rearme y anti-comunismo ¿retorno al pasado para negar el presente?" *Boletín Grupo de Trabajo Nuestra América XXI, desafíos y Alternativas*, CLACSO, n° 66, abril, pp 6-8.

Romano, Silvina (comp.) 2020 *Trumperialismo: la guerra permanente contra América Latina*. Madrid: CELAG-Mármol-Izquierdo.

Documentos:

United States Department of State. Office of the Historian. Foreign Relations of the United States (FRUS)

FRUS 1945-1950, Emergence of the Intelligence. Psychological and Political Warfare. Doc 247. Memorandum from the Deputy Director (Wright) to Director of Central Intelligence Hillenkoetter, Washington, November 4, 1947.

FRUS, Truman Administration. Political and Psychological Warfare. Doc 269. Policy Planning Staff Memorandum, May 4, 1948.

FRUS Truman Administration. Retrospective Volumes. Guatemala 1952-1954 Doc. 51. Memorandum for the record, September, 11, 1953

FRUS. Truman Administration. Retrospective Volumes. Guatemala 1952-1954, Doc. 65. Draft Memorandum for the Record, November 12, 1953.

Silvina Romano es Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) de la Universidad de Buenos Aires. Coordinadora de la Unidad de Análisis Geopolítico y del Observatorio de Lawfare en el Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG).

Aníbal García Fernández es Maestro en Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Doctorante en el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Miembro de la Unidad de Análisis Geopolítico de CELAG



La disputa por la democracia en América Latina y el Caribe

Héctor Béjar

La democracia no es un dato: es una correlación de fuerzas. El repaso somero por las últimas décadas de historia latinoamericana y caribeña deja un sabor amargo: avances notables y limitaciones insoslayables; gobiernos populares y contragolpes reaccionarios. ¿Cómo se concilian democracia e izquierdas? ¿Cómo perforar en un sentido progresivo el dique de contención de las instituciones democráticas? ¿Cómo defenderlas frente a quiénes las embisten desde el otro flanco?

Los países de la América latina y caribeña no han superado todavía los rezagos de la colonia y el colonialismo. Estancieros, mineros, fazendeiros, campos de la droga, dueños de maquilas, traficantes de personas, banqueros, grandes importadores y exportadores, forman la telaraña a través de la que operan los poderes imperiales, centralmente los Estados Unidos y su aliada menor, la Unión Europea. Esa telaraña se ha ido convirtiendo en una costra oligárquica, llamada sistema, de la cual las sociedades latinoamericanas y caribeñas empiezan a desprenderse.

Hacer realidad la justicia social, iniciar el camino del socialismo, implica afectar a esa red explotadora y asumir una identidad nacional y regional. El camino es muy largo y difícil. Se inició con la resistencia indígena a los saqueos de los primeros conquistadores en el siglo XVI y continúa hoy con la lucha contra sus herederos. Es un camino hacia la libertad de los pueblos latinoamericanos y caribeños, hacia su autonomía económica y su justicia social.

Experiencias populares

Sobrevivientes de las rebeliones armadas centroamericanas, que llegaron a un empate bélico en El Salvador y Guatemala; del Plan Cóndor en el Cono Sur; de las masacres contra los indígenas; y del holocausto de los años sesenta y setenta, algunos herederos de la izquierda guerrillera, urbana y rural, llegaron a gobernar sus respectivos países en el siglo XXI, en alianza con diversas fuerzas democráticas, y con líderes que no se plegaron al neoliberalismo en los años 80 y 90: es el caso de Nicaragua, Argentina, Uruguay, Guatemala o El Salvador, entre otros países.

Podemos mencionar, de forma exhaustiva, a los progresistas que gobernaron en la región en los últimos años: Jean-Bertrand Aristide en Haití; Manuel Zelaya en Honduras; Hugo Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela; Luiz Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff en Brasil; Salvador Sánchez Cerén en El Salvador; Evo Morales y Luis Arce en Bolivia; Néstor Kirchner y Cristina Fernández en Argentina; Tabaré Vázquez y Pepe Mujica en Uruguay; Rafael Correa

en Ecuador; Michelle Bachelet en Chile; Martín Torrijos en Panamá; Fernando Lugo en Paraguay, etc.

Por su parte, el PRD de Cuauhtémoc Cárdenas y MORENA, el partido de Andrés Manuel López Obrador, han gobernado a los veinte millones de habitantes de la Ciudad de México durante veinte años, y siguen haciéndolo. El primer electo fue el propio Cárdenas, hijo de Lázaro Cárdenas, en 1997, y la última electa fue Claudia Sheinbaum, de MORENA, en 2018.

En 1996 fue firmado el “Acuerdo de Paz Firme y Duradera” entre el gobierno de Álvaro Arzú y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) que agrupaba a cuatro organizaciones guerrilleras y se convirtió en partido político. Se inició así la era democrática en Guatemala. La UNRG no tuvo éxito como partido, y la democracia culminó con la presidencia de los indescriptibles Jimmy Morales y Alejandro Giammattei.

Los acuerdos de paz de Chapultepec de 1992 pusieron fin a doce años de guerra en El Salvador y legalizaron como partido político al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Entre el 2009 y el 2019 gobernaron Mauricio Funes y Salvador Sánchez Cerén. El Frente perdió apoyo popular y la democracia terminó gobernada por Nayib Bukele.

Los grupos antes insurgentes, transaron para avanzar a la manera de los procesos europeos de transición, como los de España, Portugal y Grecia. Se pusieron así de moda el eurocomunismo y diversas formas de socialdemocracia. Se decidió abandonar las armas o deponer posturas socialistas radicales para acudir a las ánforas. Las formaciones políticas fueron obligadas a abandonar el cuestionamiento de la democracia burguesa y optaron por estar presentes en ella sin plantear un cambio de estructuras económicas, porque aparentemente no era posible. Tratándose de los derechos económicos y sociales, aplicaron las políticas y programas del Banco Interamericano de Desarrollo y del Banco Mundial, en vez de las nacionalizaciones y expropiaciones que fueron el paradigma de los sesenta.

Marchas y contramarchas

El grado de radicalidad varió según cada situación, desde el radicalismo sonoro de Hugo Chávez, más próximo a Cuba, quien planteó el Socialismo del siglo XXI, hasta la extrema moderación de la concertación chilena, imitadora del Pacto de la Moncloa, que pasó al olvido en las elecciones presidenciales chilenas de noviembre de 2021.

Chávez rompió el pacto a media voz con las clases dominantes, nacionalizó la estatal PDVSA, abrió relaciones con Irán, Siria, Libia y otros países víctimas de las guerras imperiales, denunció las acciones criminales del imperialismo norteamericano y europeo, e intentó reabrir el camino revolucionario de Cuba y Nicaragua desde el poder. Pero el imperio bloqueó a Venezuela, sometiéndola a toda clase de vejaciones, robos, calumnias y torturas colectivas. A pesar de todo, el oficialista PSUV mantiene la conducción del país.

La política ya no se ejerce en la plaza pública sino en los sets de televisión. La lucha armada perdió su encanto romántico al no obtener pronto resultados y, en vez de ello, degeneró en estados de guerra, secuestros, terrorismo e incluso complicidad con el narcotráfico. Los líderes políticos tienen que competir con las estrellas del entretenimiento. Los dueños del juego denuncian, juzgan y condenan, ya no en los tribunales o en las plazas públicas, sino en los medios de comunicación, ante defensores pagados por el sistema de explotación. La política es un espectáculo, ya no el ejercicio de líderes ilustrados, sino de personajes pintorescos o protagonistas de reality shows, como Donald Trump en Estados Unidos, Jair Bolsonaro en Brasil y Jimmy Morales en Guatemala, quienes encontraron en ese estilo una forma de comunicarse con los sectores más postergados.

Los progresistas ingresaron a una democracia deslegitimada, en quiebra moral, que se les entregaba maltrecha y decadente.

Además, los dueños de esa democracia deslegitimada la mantienen vigilada mediante las fuerzas armadas, entrenadas y controladas por los

Estados Unidos, las que, excepto en Venezuela y Nicaragua, no fueron reformadas. Una democracia intervenida por las empresas globales y cercada por los defensores del capital, desde los periódicos, la radio y la televisión. Una democracia que, en países como Nicaragua, está limitada por una Iglesia Católica ultraconservadora.

Los progresistas han regido solo en la parte ejecutiva de los sistemas políticos del continente, o en parte de los parlamentos, pero no en los aposentos secretos del dinero; tienen los gobiernos, pero no los bancos y la prensa. Fueron y son presidentes, ministros y congresistas, pero la economía sigue ocupada por las grandes corporaciones y atada al FMI. Y aun después de la crisis asiática de 1996 y la debacle inmobiliaria y global del 2008, el neoliberalismo elaborado en los *think tanks* de la OCDE, el FMI y el Banco Mundial sigue siendo la ideología del sistema capitalista global, aquella que decide en los organismos internacionales a los que hay que recurrir para pedir préstamos, porque el financiamiento nacional no es suficiente debido a que no se puede subir los impuestos a las empresas. En algunos países de la región la presión tributaria no sobrepasa el 12% del PBI, mientras que en la eurozona es el del orden del 41%¹.

A pesar de lo que digan y hagan, las izquierdas progresistas siguen siendo sospechosas de extremismo y terrorismo para los dueños del sistema político. Siguen estando bajo la vigilancia de los servicios de inteligencia y los traficantes de grabaciones y videos ilegales, en una época en que la privacidad y el secreto han sido vencidos por la tecnología de los celulares y los sistemas de escucha. Tuvieron que callar las causas de la injusta realidad social anclada desde siglos en la concentración de la propiedad de la tierra y el dinero; debieron respetar las injustas reglas de la democracia representativa que antes habían repudiado; y en algunos casos hicieron consenso con una parte de la derecha política y la burguesía empresarial.

1 Presión fiscal en España, en la UE y en la OCDE, impuestos, dato y estadísticas (epdata.es). Noviembre, 2021.

En el Chile de Patricio Aylwin y la Concertación, en un proceso prolongado hasta la presidencia de Bachelet, tuvieron que aceptar a los senadores vitalicios del Pinochetismo, obligados a guardar silencio sobre los crímenes de 1973 y a rescatar al propio Pinochet de la justicia penal internacional. En Uruguay, el Frente Amplio no pudo destapar los secretos de las torturas y desapariciones forzadas cometidas por la dictadura de Juan María Bordaberry. Las burguesías industrialistas en la Argentina de los Kirchner, existentes desde la época de Juan Perón, no son aceptadas por los sojeros y estancieros, dueños de la tierra y el capital.

En pocos países gobernados por las izquierdas se incorporó la nueva agenda de ampliación de derechos de las Naciones Unidas: pueblos originarios, género, LGTBI. República Dominicana, El Salvador y Nicaragua, gobernadas durante períodos más o menos largos por las izquierdas, figuran entre los países del mundo que tienen las políticas más conservadoras relacionadas con los derechos sociales y reproductivos.

El PT de Lula, surgido de las comunidades de base en los sesenta, tuvo que hacer una alianza de facto con las burguesías nacionales construidas desde la época de Getulio Vargas y con los empresarios de las dictaduras militares que siguieron al derrocamiento de João Goulart. Es decir, tuvieron que entrar en el medio capitalista, en su versión latinoamericana. Y en ese ambiente, lo que valen no son las personas sino el capital, los negocios, la especulación y la corrupción. Podríamos decir que la corrupción es parte del sistema. O, si queremos ser más rotundos y explícitos, es el sistema.

Pero, así y todo, los ecuatorianos de la Revolución Ciudadana reivindicaron constitucionalmente a los pueblos indígenas; el proceso boliviano fue y es una revolución étnica y cultural que ha llevado a los quechuas y aimaras al poder político; los pobres de los cerros invadieron la política de las élites con Chávez y Maduro en Venezuela; el analfabetismo fue vencido en Cuba, Nicaragua, Venezuela y Bo-

livia; Venezuela recuperó PDVSA, una de las petroleras más importantes del planeta; Nicaragua mantiene la seguridad ciudadana en medio de una región convulsionada por las bandas urbanas; con Lula, el dinero del Estado llegó por primera vez de manera directa a los pobres de Brasil; Jorge Rafael Videla y su banda criminal fueron llevados al banquillo y condenados en Argentina.

En general, dentro de un sistema de corrupción, las izquierdas dieron ejemplo de limpieza y honestidad en el uso de los fondos públicos.

Años de contraofensiva

Las contraofensivas imperiales se produjeron pronto y de forma sucesiva. Derrocaron a Aristide, se apartó del poder a Lugo, se golpeó a Zelaya, se destituyó a Dilma, se enjuició y apresó a Lula, se estigmatizó a Chávez, se traicionó y enjuició a Correa, se intentó apresar a Cristina Kirchner, se sabotó y derrotó a los salvadoreños, se criminalizó a Maduro y se bloqueó despiadadamente a Cuba y Venezuela. El imperio aprendió las técnicas movilizadoras de la izquierda y generó las guarimbas de Venezuela y la rebelión reaccionaria contra el sandinismo, al tiempo que trataba de mover el piso de la hasta ahora invicta revolución cubana con su frustrada “revolución de colores”.

Pero como los progresistas no pueden avanzar de más en la satisfacción de las demandas populares, dejan expectativas insatisfechas que son aprovechadas por la reacción. La derecha retornó al poder en Uruguay, luego de años de administración del Frente Amplio; Mauricio Macri ganó en Argentina; Bukele ganó en El Salvador; Sebastián Piñera gobernó en Chile dos mandatos.

Una nueva ola popular llevó a AMLO a la presidencia de México; el MAS retornó con Arce al poder político, después del golpe de estado en Bolivia; el maestro provinciano Pedro Castillo le ganó al fujimorismo en el Perú y Xiomara Castro triunfó en Honduras.

Todo eso al tiempo que los procesos más radicales de Cuba, Venezuela y Nicaragua se mantienen en pie, a pesar del desesperado y despiadado bloqueo de la alianza colonialista de Estados Unidos y la Unión Europea.

Pero emergen una serie de problemas. El abstencionismo electoral es un fenómeno que afecta tanto a izquierdas como a derechas, de similar efecto en las elecciones de Chile y en las de Venezuela de noviembre de 2021.

La renovación de cuadros y liderazgos sigue siendo un tema difícil. Los bloqueos imperiales y las amenazas de las oligarquías nacionales no justifican, sino en contados casos, la permanencia de líderes que se quedan por largos períodos al mando de sus países y con ello ocasionan que los sistemas políticos progresistas sean tildados de dictaduras.

La conciliación entre las izquierdas y el orden sigue siendo un tema. Las izquierdas son identificadas con el desorden inevitable en las protestas y las derechas con el orden, aunque sea represivo e injusto. Es fácil entonces para las derechas hablar en nombre de un orden supuestamente necesario.

Las derechas reconocen a la democracia sólo cuando está al servicio de sus intereses; conspiran y son golpistas por naturaleza. La gobernabilidad de las izquierdas depende de su relación con los movimientos sociales. Son éstos los que les dan fuerza y legitimidad en Nicaragua, Venezuela, Brasil, Perú, Honduras, Bolivia y, desde luego, en Cuba. Por su parte, el movimiento popular se mantiene activo en Colombia, a pesar de las acciones criminales paramilitares.

Es un vaivén entre izquierdas y derechas. Pero la democracia en disputa tiene cada vez menos aceptación en las sociedades, al tiempo que las sublevaciones populares y las pugnas entre los dueños del sistema político causan la inestabilidad a la que los defensores del sistema llaman “falta de gobernabilidad”.

El vaivén entre derechas e izquierdas continuará hasta que las condiciones globales creen nuevos balances y espacios que permitan afectar las bases estructurales de la dominación y el colonialismo. Ese tiempo, el tiempo de la revolución, todavía no ha llegado, pero llegará algún día.

Héctor Béjar es escritor, sociólogo y catedrático peruano. Fue guerrillero del Ejército de Liberación Nacional en los años 1960. Ex ministro de Relaciones Exteriores del Perú bajo el gobierno de Pedro Castillo.

DIÁLOGOS





Enrique Dussel: “El intelectual debe ser un militante, debe tomar partido”

Por Lautaro Rivara

Enrique Dussel es para los pueblos del Sur Global lo que Hegel fue para las burguesías europeas del siglo XIX. Como el filósofo de Stuttgart, el mendocino decidió volver a pensarlo todo, desarrollando un pensamiento sistemático y riguroso, pero sobre todo comprometido y radical. Su mirada atenta y voraz ha pasado por casi todos los campos: la filosofía, la historia, la teología, la ética, la política, la geopolítica, la antropología, la arqueología, la pedagogía, la estética y la erótica.

Pero comparar a Dussel con Hegel significa señalar todo lo que tiene de antagónico respecto al gran filósofo de la burguesía alemana y mundial: Dussel fundamenta la liberación allí donde se justificó la esclavitud, promueve la descolonización frente a la permanencia de la colonialidad, afirma la historicidad de América frente al encubrimiento occidental, pondera lo colectivo y lo comunitario frente al individualismo liberal, defiende la intrínseca dignidad humana frente al racismo, el patriarcado y el capital.

Enrique Dussel es uno de los principales animadores de la filosofía de la liberación, movimiento que fundó en 1971 junto a pensadores como Mario Casalla, Rodolfo Kusch, Horacio Cerruti Guldberg, Arturo Andrés Roig y otros. Su formación parte del marxismo y el cristianismo, anuda ética y política, y abreva en lo que ha dado en llamar el “giro descolonizador”, una crítica frontal al eurocentrismo y el occidentalismo formulada desde los países del Sur Global.

Dussel nació en la provincia de Mendoza, en Argentina, en el año 1934. Estudió filosofía en la Universidad de Cuyo, trabajó como carpintero en Nazaret, y se especializó en historia y teología en París. Ya de regreso a su país natal, y con el advenimiento de la dictadura cívico-militar de 1976, fue expulsado de la universidad, viendo censurada su labor intelectual. Finalmente, un atentado con bomba perpetrado en su domicilio por grupos paramilitares lo llevó a exiliarse en México, en donde desarrollaría la mayor parte de su obra. El conjunto de su vastísima obra, que supera los 50 volúmenes, se encuentra disponible en su propia página web, en acceso abierto para el estudio de

investigadores, docentes y militantes populares. Conocido por su cercanía con los movimientos sociales, Dussel no ha manifestado excusas ni reparos a la hora de destinar parte de su tiempo para officar de pedagogo y formador de militantes populares. En la actualidad se desempeña como uno de los organizadores de la Escuela Descolonial de Caracas y como secretario de formación política de MORENA, en México. Su defensa irrestricta de procesos como la Revolución Cubana, el proceso de cambio en Bolivia, y la Revolución Bolivariana de Venezuela, le han llevado a sostener amargas polémicas con otros teóricos descoloniales. A continuación, la entrevista que generosamente nos concedió.

Lautaro Rivara: *En “Carta a los indignados”, un libro que tiene ya una década, usted se refirió a sí mismo como “un viejo militante”. ¿Qué significa para usted la militancia, ejercida desde el campo intelectual? ¿Cuáles son las principales tendencias y desafíos de nuestra época?*

Enrique Dussel: Ser militante significa adversar la realidad que vivimos. La filosofía de la liberación que practico y contribuí a fundar nació hace muchos años, de parte de una generación que ya está terminando sus días: podríamos decir que lo hizo en el año 68, aunque la Revolución Cubana, importantísima, se dio una década atrás. Nosotros fuimos muy influidos por la lectura de Herbert Marcuse, de Paulo Freire, de Frantz Fanon, de las grandes figuras intelectuales y militantes de aquella época.

Hoy, después de más de 50 años, sigo militando desde la filosofía, desde las armas del pensamiento, sigo estudiando y pensando en los nuevos temas de América Latina. Pero siempre me apasiona volver a José Martí, a José Carlos Mariátegui, a todos los que pensaron en la necesidad de una segunda emancipación. Porque América Latina pudo emanciparse de España y Portugal, pero para ser sometida luego al neocolonialismo bajo la égida de Estados Unidos, que nos considera su patio trasero desde la Doctrina Monroe.

Todos los golpes de Estado impulsados por Estados Unidos, o por estados europeos, buscaron garantizar nuestra subordinación, nuestra explotación económica. Cualquier fuerza que se opusiera era declarada comunista, se impulsaba el golpe y se colocaban militares al frente del Estado. Fue el caso por ejemplo del golpe contra Jacobo Arbenz, en 1954, en Guatemala, que marca el comienzo de una fuerte presencia de Estados Unidos en América Latina.

En mis obras sobre filosofía política nunca dejo de traer a la memoria la historia y la realidad de los Estados Unidos. Suele ser considerado un país desarrollado, con una población democrática. Pero es un país de enormes contradicciones, racista, guiado por los ideales de Hollywood, la burguesía norteamericana, el FMI, etcétera.

Creo que por el surgimiento de la potencia industrial que es China, por el equilibrio militar establecido con Rusia, y por la falta de liderazgo en Estados Unidos –hoy en plena crisis–, estamos quizás ante la posibilidad de una segunda emancipación, lo que nos permitirá situarnos de igual a igual frente a los norteamericanos. De no ser así, estableceremos mejores relaciones con China, país que parte de una larga historia que ignoramos, que fue una potencia industrial mucho antes que Europa y Estados Unidos. La hegemonía norteamericana está llegando a su fin, y eso se ve con la Nueva Ruta de la Seda, que ya llega hasta Argentina. Además, Europa también se está quedando sin aire, tensionada entre Oriente y Occidente. Se trata de un tema muy actual, el de nuestra segunda emancipación.

Pareciera que la crisis de la OEA –un ministerio extranjero de colonias– llevará a su reemplazo por la CELAC, un instrumento que se potencia con la política exterior de Andrés Manuel López Obrador. Esto significa todo un paso adelante.

L.R: *Usted se manifestó en reiteradas ocasiones sobre la falta de autoestima intelectual y el carácter burocrático de la academia en los países periféricos. Y también fue crítico de algunos intelectuales decoloniales que rompieron con los procesos más avanzados de la región. ¿Cual es la relación entre decolonialidad y anti-imperialismo?*

E.D: La decolonialidad y el antiimperialismo deben ir de la mano: deben ser un solo movimiento. Debemos superar esta situación mental colonial en que vivimos: debemos superar el modelo de intelectual latinoamericano que siempre está citando autores norteamericanos y europeos, víctima de un tremendo colonialismo epistemológico. Debemos beber también de nuestras propias fuentes. Estamos, sin embargo, atravesando un proceso de descolonización epistemológico: tenemos nuevos problemas, y sobre todo problemas nuestros, que no son los de los europeos y norteamericanos. Si seguimos imitándolos, buscando al último autor de moda, entonces ya no vamos a poder pensar lo nuestro. Debemos leer a nuestros autores, conocer nuestras tradiciones políticas, intelectuales e históricas.

Hoy, un intelectual decolonial, un intelectual militante, debe tomar partido por todos estos procesos de mediano plazo, pensando en el largo plazo en la superación del capitalismo, en la construcción de una sociedad ecológica, en la superación del uso del petróleo y las energías no renovables. Estamos en una época de grandes cambios: la filosofía y el pensamiento crítico debe tomar nota de estas cosas. También de la pandemia, que evidenció el fracaso del neoliberalismo, que entregó la salud al capital privado. Esta realidad exige pensar con urgencia lo que está sucediendo y demanda un gran compromiso intelectual y político, de tipo militante. Debemos retomar todos nuestros grandes ideales y aplicarlos a fines realizables. Esta situación, insisto, nos da una ventana de oportunidad para avanzar en una segunda emancipación.

L.R: *Le propongo ahora que hablemos de religión. Desde su formación teológica y marxista, ¿cómo caracteriza al crecimiento exponencial del evangelismo neopentecostal en la región? Usted supo decir que “el socialismo está debajo del cristianismo”. ¿Qué hay debajo del nuevo evangelismo?*

E.D: *La tradición católica tiene dos frutos bien diferenciados: uno, obsesionado con los temas tradicionales, la propiedad privada, que aceptó el dominio del capital y a lo sumo le propone algunas reformas. Este abreva directamente en las corrientes de derecha. Pero hay otro fruto, en la teología de la liberación, y hoy en el mismo Papa, que expresa una posición mucho más progresista y popular.*

Las iglesias neopentecostales, muchas de ellas de origen e influencia norteamericana, tienen una ideología mucho más coherente y adecuada con el capitalismo dependiente. Por desgracia, en muchos casos, como sucedió recientemente en Bolivia, algunos sectores apoyan fervientemente los golpes de Estado, volviéndose movimientos anti-populares y, teológicamente, anticristianos. Para ellos, la religiosidad popular latinoamericana es vista como una infiltración en el cristianismo que hay que negar. Ellos toman algunos textos de la Biblia, y le dan una lectura capitalista e individualista, como la presidenta de facto Jeanine Áñez, cuando entró a palacio con la biblia en la mano, despreciando la wiphala, la bandera quechua-aymara. Esta idea de luchar con el evangelio contra los símbolos indígenas es una aberración, propia de un cristianismo conservador, neoliberal y pronorteamericano.

L.R: *Quisiera preguntarle ahora por las viejas y nuevas derechas en América Latina y el Caribe y por sus tesis de política. Muchos debates se han dado y*

se seguirán dando sobre el lugar de la democracia frente al asedio de minorías intensas cada vez más racistas, violentas, misóginas y antidemocráticas. ¿Qué democracia es la que hay que defender, y cuál la que hay que construir?

E.D: *Hay que partir por oponer la democracia representativa y la participación democrática del pueblo, que son dos cosas distintas. La cuestión es crear instituciones donde el pueblo pueda participar constitucionalmente en el gobierno. En Venezuela, por ejemplo, hay un poder representativo, pero hay también un poder participativo, que se organiza desde las bases, en donde la gente tiene la posibilidad de reunirse en el barrio, en colectivos mayores, y plantear entonces exigencias al poder representativo.*

Tenemos que imaginar un nuevo tipo de Estado, no la anulación de aquel como si fuera intrínsecamente perverso. Necesitamos un Estado fuerte para defendernos, por ejemplo, del imperialismo. Necesitamos un Estado robusto para servir obedientemente a las exigencias del pueblo. Pero también hay que poner en cuestión al Estado que conocemos. Hacer que la gente pueda participar, que no sea sólo representativo, que no se reduzca a una cúpula burocrática que gobierna desde arriba hacia abajo. Hay que modificar las instituciones políticas desde la base para poner un límite a la representación. La participación no puede ser sólo eventual, a través de algún tipo de plebiscito o consulta: la participación debe ser orgánica, con la presencia constante del pueblo, con las instituciones construidas a tal efecto. Eso exige por supuesto un tipo radicalmente nuevo de Estado, de una revolución con la participación institucional del pueblo.

L.R: *En debate con diferentes corrientes liberales, usted supo decir que, al menos en el Sur Global, siempre fuimos comunidad, nunca fuimos individuos. Considerando la mirada sobre el Estado que nos acaba de compartir ¿cuál es el rol de la comunidad? ¿Qué rol juega la comunidad en los procesos de descolonización política y ante los procesos de individualización tan intensos que venimos viviendo?*

E.D: El régimen liberal pensó sólo en un tipo de organización representativa, en donde la élite, sobre todo dineraria, los más ricos, logran imponer sus candidatos. En teoría el pueblo vota, pero en realidad sólo confirma lo que la élite ya eligió. Así funciona en esencia el sistema plutocrático norteamericano. Lo revolucionario será organizar, institucionalmente, de abajo hacia arriba, la participación popular. Lo que necesitamos es fortalecer la comunidad: que en el barrio haya reuniones de base, procesos de democracia directa que vayan ascendiendo hacia la constitución de un poder nacional participativo. Hay que aprender para eso de la constitución venezolana, que reconoce cinco poderes: ejecutivo, legislativo, judicial, ciudadano y electoral, el que a su vez también es elegido. Todas las instituciones, desde las iglesias hasta los clubes de fútbol, deben ser democratizadas. Debemos crear un Estado de cinco poderes para que haya una participación real del pueblo, hoy manipulado por liderazgos espurios, no democráticos. Esto es una cuestión central en la ideología, en la definición del Estado, y en la construcción de comunidad. Porque, en definitiva, eso somos: comunidad.

Lautaro Rivara es sociólogo argentino, doctorando en historia (CONICET) y docente universitario. Periodista y analista especializado en temas latinoamericanos. Editor general de ALAI. Co-coordinador de los libros “El nuevo Plan Cóndor” e “Internacionalistas”.



**Ralph Gonsalves:
“la integración latinocaribeña
es necesaria, pero ha sido
discontinua”**

Laura Capote y Leticia Garziglia

Ralph Everard Gonsalves es el Primer Ministro de San Vicente y las Granadinas, una pequeña nación insular de la región caribeña. El “Camarada Ralph”, como es conocido por sus simpatizantes y coterráneos, es el principal dirigente del Partido de la Unidad Laborista, y se desempeña en su cargo por quinto mandato consecutivo, tras imponerse en las elecciones de 2005, 2010, 2015 y 2020.

Además de ser un activo militante de la república y la soberanía plena, Gonsalves es una figura intelectual de renombre. Economista y Máster en Administración Pública por la Universidad de las Indias Occidentales, y Doctor en Administración por la Universidad de Manchester en el Reino Unido, ha escrito sobre sindicalismo, marxismo, neocolonialismo, economía política, África, el Caribe y las problemáticas de la integración y el desarrollo, entre otros temas. Algunos de sus libros más destacados son “El espectro del imperialismo: el caso del Caribe” (1976); “La historia y el futuro: una perspectiva caribeña” (1994) y “El camino no capitalista al desarrollo: África y el Caribe” (1981). En la actualidad, Gonsalves es uno de los principales impulsores de la política de reparaciones a las poblaciones afrodescendientes por los crímenes de la esclavitud y la trata, así como un activo promotor de las políticas integracionistas de la CARICOM y ALBA-TCP.

Laura Capote y Leticia Garziglia: *¿Cómo analiza la situación geopolítica global y continental? ¿Qué proyectos y fuerzas están en pugna? ¿Cuáles son las principales tendencias?*

Ralph Gonsalves: Estamos en un periodo extremadamente complejo de la economía política global, inundado de múltiples contradicciones. Una de las constantes es el avance del capitalismo monopolista, que se ha extendido a todo el globo. Es visible el vínculo asimétrico entre el capitalismo monopolista global, los gobiernos de América del Norte, Europa, Australia, Japón y lo que se conoce como «mercados emergentes». Por supuesto, dentro de los principales países capitalistas monopolistas hay facciones nacionales, por lo que

hay contradicciones dentro de la propia Unión Europea y entre ellos y Estados Unidos, a pesar de que compartan todos la misión histórica del capital.

El capitalismo monopolista ha devenido un “capitalismo de casino”, que genera su propio conjunto de contradicciones al no tener ya relación directa con la producción real de bienes y servicios. Luego están los vínculos entre esos países capitalistas y los grupos y clases que les son afines en los países emergentes: por eso las tensiones que vemos en México a pesar de tener un gobierno progresista. O podríamos mencionar los casos de Argentina, Chile, Honduras y hasta Bolivia. También dentro de esos países estamos viendo la demanda de los trabajadores por más derechos.

Se ha visto en todo el mundo —pero mucho más en la periferia de los centros metropolitanos— el desigual grado de desarrollo que genera el modo de producción capitalista monopolista; también ha sido dispar la respuesta de la gente que se opone a este tipo de dominación. En los países metropolitanos, la lucha contra el 1% puede adquirir una dimensión étnica, como por ejemplo con el movimiento Black Lives Matter. En medio de esta maraña también aparece China, un país gobernado por un Partido Comunista, que tampoco está exento de contradicciones.

Estos son los grandes contornos, entre los que vemos problemas característicos de la economía política mundial que nos afectan a todos. Vemos por ejemplo que la cuestión del cambio climático, la biodiversidad, la desertificación, la degradación de la tierra, la sequía y las emergencias de salud pública —en la actualidad con la pandemia de Covid-19—, todo ello ha conspirado para crear inmensos problemas, cuya respuesta depende de su ubicación en la división mundial del trabajo y de cómo organizan su producción.

En América Latina —y también en Asia y en África—, aunque hay resistencia, esta sigue siendo incipiente. Y donde la resistencia se vuelve más

organizada, como por ejemplo en Cuba o en Venezuela, vemos el accionar de respuestas que violan el derecho internacional, como las sanciones unilaterales y la utilización del sistema financiero como arma por parte de Estados Unidos. Esto genera una tremenda inestabilidad. Por otro lado hay regiones particulares del mundo con cuestiones que aún no se han resuelto, como lo que sucede en Rusia, en Crimea, en Georgia, en la propia Ucrania.

En medio de todo este panorama hay islas, como nosotros. Los pequeños estados insulares tienen retos especiales, en relación a la economía política global y también en asuntos específicos como el cambio climático, la pandemia, la educación y las cuestiones de seguridad. Para abordar esto debemos practicar un multilateralismo de principios, basado en un auténtico internacionalismo, que nos permita hacer frente a la injerencia en nuestros asuntos internos de parte de otros países, que utilizan como armas el sistema comercial, bancario, el transporte marítimo y otras similares. Lamentablemente se trata de una batalla campal, interminable. Los países pequeños, como San Vicente y las Granadinas, tenemos que hacernos espacio entre esos retos cruzados, y establecer alianzas que nos permitan respirar, gobernar, garantizar el bienestar de nuestra gente. El mundo es un lugar muy complicado y su desigualdad muy llamativa.

Lo que necesitamos las fuerzas progresistas es una idea clara de lo que está ocurriendo, y una narrativa propia sobre el desarrollo, que incluya a diversos grupos y clases, incluidos los elementos de la burguesía nacional progresista que quiera trabajar en conjunto para encontrar soluciones a los problemas de la periferia. Lo que necesitamos es llevar a cabo estas acciones de una manera internacionalista y multilateralista, dejando de lado el unilateralismo.

Los hombres y las mujeres hacen la historia pero solo en la medida en que las circunstancias de la historia se lo permiten. Por supuesto que el liderazgo y la organización pueden elevarse por encima de las propias circunstancias y crear las condiciones para lograr cambios relevantes, como por

ejemplo lo hicieron Fidel Castro en Cuba y Hugo Chávez en Venezuela, y como ocurrió en varios otros lugares. De todas maneras, lo que está claro es que hoy se están creando más espacios para una actividad nacional progresista, para que los países de la periferia puedan enfrentar al capitalismo monopolista y al imperialismo, para garantizar el bienestar y para que los pueblos tengan un mayor control sobre sus propias vidas colectivas.

L.C. y L.G: *En los últimos años ha menguado el impulso a la integración continental que se desarrolló con fuerza desde principios de este siglo. ¿Cree que es posible en este momento reimpulsar los procesos de unidad regional? ¿Cuáles son las claves y cuáles los obstáculos que percibe para ello?*

R.G: El de la integración ha sido un proceso irregular, ha habido un flujo y un reflujo. Por ejemplo, la CELAC, después del apogeo del período anterior, tuvo un decaimiento. Pero en los últimos dos años hemos visto a México buscando poner algunas cosas en común, en consonancia con los objetivos y metas originales del organismo. Pero a la vez tienes gobiernos de derecha tratando de obstaculizar ese espacio, porque está en contra de lo que EE.UU. quiere en nuestro hemisferio. Claramente, los norteamericanos quieren detener el avance de la CELAC y sostener a la OEA, de la que tienen el control a través de su financiamiento y ubicación, y también a través de Luis Almagro, su Secretario General. Almagro engañó a muchísima gente. Personalmente siempre me sentí incómodo con él. Lo conocí un poco antes de que asumiera el cargo y acompañé esa elección con mucha cautela. Respecto a la CELAC, Argentina asumió a partir de enero la presidencia pro tempore y San Vicente y las Granadinas está lista para sucederle en 2023. Creemos que entre el liderazgo actual de Argentina y nuestro propio rol podemos darle algún impulso adicional.

Dentro de nuestra propia región vemos que se están haciendo progresos en la CARICOM y que la Asociación de Estados del Caribe está haciendo también un trabajo útil, priorizando como lo ha hecho cinco temas: comercio, transporte, turismo,



tecnología y preparación ante desastres. En África vemos el trabajo de la Unión Africana y de la Comunidad de Desarrollo de África Austral (SADC, por sus siglas en inglés), con ecos en África occidental y en la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (CEDEAO/ECOWAS, por sus siglas en francés e inglés). Vemos que hay flujos y reflujos. También observamos que Gran Bretaña sacó a relucir todas las debilidades en Europa.

Hay desniveles y discontinuidades en todos estos procesos, pero las fuerzas progresistas tienen que buscar los espacios para avanzar en el interés de los pueblos. Y para eso, tenemos que mantenernos en estrecha comunicación con el pueblo, con las masas populares y sus organizaciones. El ALBA-TCP ha sufrido la falta de recursos, por la forma en que Estados Unidos ha impuesto restricciones a Venezuela y Cuba. El impacto de la Covid-19 ha agravado aún más esa situación, pero acabamos de salir de una reunión muy positiva en La Habana, en la Cumbre del ALBA-TCP. Como podrán ver en la declaración, hay muchas cosas positivas. Si efectivamente vemos que ha habido

retrocesos en algunas áreas, en otras hemos visto avances. Por eso digo que la integración es necesaria, pero ha sido discontinua.

L.C. y L.G: *En los últimos años, mientras se desarrollaba en el continente una ofensiva conservadora y contraria a la integración, hemos visto a la mayoría de los países del Caribe sostener una posición clara respecto a la no intervención en los asuntos internos de otros Estados. Sin embargo, también hemos podido constatar algunas diferencias. ¿Cómo analiza esta situación? ¿Cuál es el aporte específico que el Caribe puede hacer a la integración y a la unidad en esta etapa? ¿Qué fuerzas y sectores percibe como aliados?*

R.G: Los gobiernos caribeños, en general, están sometidos a una presión muy intensa por parte de los países hegemónicos, en los que manda el capitalismo monopolista. Hacen falta mucho valor, mucha independencia de pensamiento y conciencia en el pueblo para enfrentarse al imperialismo. Por ejemplo, desde el Caribe en su conjunto hemos mantenido posiciones firmes en relación con la no injerencia en los asuntos internos de Venezuela. Lo mismo en relación a

Cuba, Nicaragua y Bolivia. Pero tan pronto como se hacen esas declaraciones, el gobierno de EE.UU. —y en algunos casos, de la Unión Europea— llaman uno por uno a cada gobierno, buscando hacer que retroceda. Ese fue el caso del reconocimiento absurdo de Juan Guaidó como “presidente” de Venezuela.

Estamos viendo cómo en todo continente regresan los movimientos progresistas al gobierno. Vemos a la oposición venezolana perder las elecciones de forma abrumadora, y vemos por otra parte la unidad de los sectores progresistas y del Partido Socialista Unido de Venezuela, que se la ha puesto muy difícil al imperialismo. Vemos que en Honduras, doce años después del derrocamiento de Manuel Zelaya fraguado con apoyo de Estados Unidos, su movimiento está de nuevo en la vanguardia. En Nicaragua, por ejemplo, Daniel Ortega ha sido nuevamente electo. Pero también vemos las respuestas: Almagro y los estadounidenses trabajan en conjunto para dar golpes de Estado, a través de la pantalla de misiones de observación electoral. Pero también allí, en Bolivia, el partido de Evo Morales pudo volver al poder después de dos años de golpe. Vemos lo que pasa en Perú, que era un centro de actividad anti progresista, que sustentaba una coalición conservadora con los Estados Unidos por detrás, y que tiene ahora un gobierno progresista. Son cambios interesantes. El gobierno de Santa Lucía acaba de estar en la Cumbre del ALBA-TCP como miembro de pleno derecho, mientras que el gobierno anterior se había alejado del organismo.

Pero no hay que equivocarse: en cada uno de estos países hay una intensa lucha. En nuestro propio país sucede lo mismo: la oposición aquí querría que nos retiráramos. No les gustan nuestras relaciones con Venezuela y Cuba. Tienen una perspectiva completamente neocolonial, pero también un importante apoyo de masas. Nosotros seguimos haciendo nuestro trabajo, en conjunto con las fuerzas progresistas de todo el mundo, mientras al mismo tiempo nos relacionamos con gobiernos sometidos por el modo de producción capitalista monopolista.

L.C. y L.G: *En relación con el Caribe y los procesos de descolonización, Barbados proclamó recientemente su carácter de República. En otros países, como Santa Lucía y Jamaica, ya se hace escuchar la voz de quienes piden a sus gobiernos que sigan este camino. ¿Cree que es posible que el ejemplo de Barbados tenga un «efecto dominó», o que pueda haber «una nueva ola» de descolonización en el Caribe? Por otro lado, ¿cuáles serían los desafíos siguientes para países como Barbados? ¿Cómo concretar, junto a la soberanía política, la independencia económica?*

R.G: Creo que lo que se va a ver no es exactamente una oleada de destitución de la reina como jefa de Estado nominal. Creo que lo que viene es una lucha continua por obtener repúblicas parlamentarias, con presidentes no ejecutivos y con un lugar de centralidad para los Primeros Ministros. Y lo digo por los acuerdos constitucionales que existen en países como Granada, San Cristóbal y Nieves, Antigua y Barbuda, Santa Lucía y San Vicente y las Granadinas. En estos cinco países, para alcanzar el estatus de república, se necesitan dos tercios en la Cámara y en la Legislatura y dos tercios favorables en un referéndum. En Barbados solo se necesitaban dos tercios en la Cámara, sin referéndum, porque su constitución es diferente.

¿Qué pasó en los otros territorios? Hay cuatro países que se independizaron entre 1962 y 1966. Trinidad y Tobago tenía a la reina como jefa de Estado nominal. Eso cambió en 1976 porque la constitución no requería un referéndum, solo una mayoría especial, que obtuvieron, y les permitió alcanzar una forma de gobierno republicano. En su independencia, Guyana obtuvo ya una forma de gobierno republicano, pero lo que hicieron fue cambiarla por una presidencia ejecutiva. Dominica se convirtió en república en el momento en que recibió su independencia de Gran Bretaña. Y ahora tenemos el caso de Barbados. Pero los otros países, los cinco que nombré, ubicados en el norte de las Islas de Sotavento, comenzaron su proceso hacia la independencia en 1974. Granada fue el primero con Eric Gairy. Los británicos concedieron la independencia a un alto precio: el de tener muy pocas posibilidades de cambiar los aspectos fun-

damentales de la Constitución. Por eso, cuando lo intentamos en 2009 en San Vicente y las Granadinas, fracasamos, aunque un año después gané mi tercer mandato consecutivo.

El colonialismo sigue vigente en las mentes de las personas. Cuando vas a un referéndum, hay sectores significativos de la sociedad que no quieren asumir la república, por lo que conseguir la mayoría de dos tercios es extremadamente difícil. Es cierto que el gobierno jamaicano ha analizado dar el paso hacia una forma de gobierno republicana. Lo que pasó en Barbados demuestra que hay muchas personas que son antimonárquicas, pero no esperen que esto se convierta en un movimiento regional. Teniendo en cuenta los acuerdos constitucionales y también las circunstancias políticas, esto no significa necesariamente avanzar hacia la eliminación de la monarquía para abrazar al republicanismo. Pero eso sí es algo a lo que aspiramos, porque por mucho que se respete a la familia real de Gran Bretaña, ellos son británicos, no son caribeños. Esta es una ficción que ha existido durante demasiado tiempo y que debe ser eliminada.

L.C. y L.G: *Si tuviera que esbozar tres ideas que representen los desafíos que afronta la región, ¿cuáles serían?*

R.G: El desafío de la hegemonía del capital monopolista, y todo lo que ello implica. El desafío derivado del cambio climático. Y los desafíos relacionados con la salud pública.

L.C. y L.G: *Si quiere cerrar la entrevista con algo que no hayamos preguntado, o quizás con algún mensaje destinado a los movimientos populares de la región...*

R.G: Pediría a la gente, principalmente a los jóvenes, que sean solidarios con principios claramente definidos. Que se comprometan a defender y promover nuestra independencia, nuestra soberanía, la igualdad de oportunidades, el mejoramiento de las condiciones de vida. Siempre habrá vanidades de por medio, pero creo que lo que acabo de describir es lo principal: no debemos distraernos con espectáculos secundarios, con lo que Lenin llamaba el "infantilismo". Si somos solidarios, lo lograremos.

Laura Capote es integrante del Observatorio de la Coyuntura en América Latina y el Caribe (OBSAL) del Instituto Tricontinental de Investigación Social. Hace parte del Grupo de Pensamiento Crítico Colombiano del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) de la UBA.

Leticia Garziglia es Periodista y Licenciada en Comunicación. Integrante del Observatorio de la Coyuntura de América Latina y el Caribe (OBSAL) del Instituto Tricontinental de Investigación Social.

PROBLEMÁTICAS

La metamorfosis de los monstruos: nuevas y viejas derechas

Emiliano López y Adrián Pulleiro

Hace tiempo ya que las derechas extremas y los sectores ultrareaccionarios han abandonado su marginalidad relativa. Hoy, aparecen como una opción electoral para millones de personas, y como un factor de poder cada vez más determinante en América Latina y el Caribe. ¿Cuál es el secreto de su éxito? ¿Qué hay de nuevo y qué de viejo en su manufactura? ¿Es su crecimiento irreversible?



La situación de crisis multidimensional que transitamos pone tanto a los proyectos progresistas como a los neoliberales en tela de juicio. El fracaso de estos proyectos para cumplir con las expectativas de las mayorías populares ha dado espacio al crecimiento de nuevas formas de intervención de las expresiones de derecha y extrema derecha que intentan, en cierta medida, capitalizar el descontento y llevar hasta sus últimas consecuencias el sentido común neoliberal.

Las derechas adoptan nuevos rostros que se entremezclan con los viejos y, al mismo tiempo, rompen con ellos. Derechas “alternativas”, derechas neorreaccionarias, ultraderechas, derechas post fascistas, fundamentalismos religiosos, “anarco-capitalistas”, pasaron de los márgenes del sistema político a lugares de relativa importancia, sobre todo en los países del Norte Global.

América Latina no estuvo a salvo de esta oleada. Desde la elección de Jair Bolsonaro en Brasil –el país más importante de la región en términos económicos y geopolíticos– hasta la llegada a la presidencia de Nayib Bukele en El Salvador, los actores de la derecha no tradicional han ganado peso, visibilidad e incidencia de masas. A su vez, se mixturaron con las derechas más conservadoras y tradicionales, o al menos abren el espectro político-discursivo para amplificar la crítica al progresismo, las izquierdas y los proyectos nacional-populares.

Ahora bien, ¿qué hay de nuevo y qué de viejo en las expresiones de la derecha? Veamos qué ocurre, por un lado, en la relación entre el gran capital y las derechas, y en las estrategias de estos actores de derecha en la disputa por el sentido y el plano discursivo, por el otro.

El gran capital, las nuevas y las viejas derechas

Una de las tendencias centrales del capitalismo contemporáneo es la consolidación de un régimen de acumulación global en el que prevalece el poder de las plataformas y los bancos de inversión.

Amazon, Facebook, Alphabet, Apple, Microsoft, Tesla y otras, representan a los grandes capitales ganadores de la nueva burbuja post 2008. Y, sobre todo, superdesarrolladas en 2020 y 2021 frente al crecimiento exponencial de la utilización de plataformas y la virtualidad debido a la pandemia. Las grandes empresas financieras operaron entonces como un engranaje indispensable para direccionar los dólares circulantes hacia estos vectores de acumulación de capital.

La relación entre los nuevos desarrollos tecnológicos de Silicon Valley y las nuevas derechas emergentes es bastante conocida. Sin duda, las derechas alternativas ven en el desarrollo del llamado capitalismo cognitivo y en los desarrollos financieros del blockchain y las criptomonedas, formas concretas de favorecer lógicas de acumulación de capital privado en las cuales los Estados nacionales tienen escasa o nula capacidad de intervención. ¿Cuánto de estos elementos ha estado detrás de los proyectos de la derecha latinoamericana? ¿Qué vínculo tienen las nuevas derechas emergentes con las clases dominantes locales?

No proponemos saldar aquí estos interrogantes, pero al menos podemos proponer algunas hipótesis.

La primera hipótesis que planteamos es que el antipopulismo es el principal articulador del gran empresariado de América Latina y el Caribe. El gran empresariado considera como sus principales enemigos a los diferentes proyectos populares (que despectivamente tildan de populistas). En este siglo, el reencuentro entre el capital concentrado y las derechas políticas se dio a partir de la necesidad de confrontar a los gobiernos emergentes de la lucha antineoliberal. Los ejes de estos apoyos fueron las polarizaciones en relación al “populismo”: republicanismo vs. deterioro institucional; libertad de mercado vs. estatismo; democracia vs. autocracia; entre otros.

Si tomamos como ejemplo a Brasil, aparece a las claras que el gran empresariado prefiere apoyar a Jair Bolsonaro, frente a las posibilidades de que su gobierno termine de derrumbarse y acceda nueva-

mente al poder un proyecto popular encabezado por el ex presidente Lula da Silva. Por lo general, la élite económica en Brasil tiende a posicionarse en un neoliberalismo más clásico y globalista, que al interior del gobierno se ve representado en parte en la figura de Paulo Guedes. La síntesis que emergió en Brasil, novedosa respecto de los años 90, es una conciliación entre el programa neoliberal clásico en lo económico con el neofacismo de Bolsonaro en lo político. Desde los sectores del agronegocio hasta los bancos apoyan al gobierno abiertamente.

De manera similar, el gran empresariado se posicionó en Argentina, sobre todo desde 2008, en una postura antipopulista. Y luego dio pasos firmes para respaldar a un proyecto que finalmente logró reemplazar al peronismo en el gobierno. La necesidad de sostener una política neoliberal se mantuvo como el eje central “frente a la amenaza populista”. El fenómeno de la nueva derecha, que tiene como máxima referencia local a Javier Milei, no posee hoy una ascendencia significativa en el empresariado. El capital, con toda su tradición oligárquica, prefiere por el momento a neoliberales conservadores antes que a ultraliberales y anarco-capitalistas.

Estos casos nos muestran que las clases dominantes de nuestra región se encuentran en una encrucijada: seguir sosteniendo un modelo de democracia burguesa hoy en crisis o bien dar el salto hacia una forma autoritaria de gobierno. En todos los casos, el único punto de acuerdo es un programa económico antipopular.

Una segunda hipótesis es que la nueva derecha no tiene en realidad un programa económico que pueda ser apropiado por las principales expresiones del capital. En términos concretos, la mayor parte de las medidas de política económica de gobiernos considerados de “nueva derecha”, como Bukele en El Salvador y Bolsonaro en Brasil, implican un proceso de radicalización de las políticas del Consenso de Washington, más que asumir iniciativas novedosas basadas en la exacerbación de la economía del conocimiento, la revolución 4.0 o

la adopción de las premisas de la mentada Escuela Austríaca. Las medidas macroeconómicas centrales de estos proyectos, al igual que las que ha desarrollado Sebastián Piñera en Chile, Mauricio Macri en Argentina o las que lleva a cabo Luis Lacalle Pou en Uruguay, se resumen en el programa del globalismo neoliberal.

Como tercera hipótesis, sostenemos que cada vez es mayor la distancia entre las lógicas de acumulación global de capital y los proyectos políticos de las clases dominantes. La dinámica de acumulación de la revolución 4.0 y la extrema financiarización subordina como nunca antes a las clases dominantes de los países de la periferia del mundo a los imperativos del capital global. La respuesta de estos capitales que quieren sobrevivir a la competencia global implica retomar la agenda de la reforma neoliberal recargada. Esta agenda no tiene, sin embargo, el apoyo popular que supo tener en la última década del siglo XX. Las burguesías de los países de la periferia latinoamericana oscilan así entre el apoyo explícito a los gobiernos de derecha tradicional y la creciente simpatía hacia los sectores aún hoy marginales de la nueva derecha, que prometen nuevos discursos, nuevas utopías reaccionarias y nuevas formas de movilización para apoyar una refundación capitalista.

La ampliación de la frontera discursiva hacia la derecha

La ofensiva protagonizada en la última década por los sectores dominantes de la región se despliega, en gran medida, en el terreno de la disputa por el sentido. Veamos cómo se están forjando nuevas fronteras discursivas a partir de la acción de las derechas.

Si la ofensiva de los años 90 se desarrolló en nombre de una utopía mercado-céntrica, esta nueva ofensiva no puede sostenerse en ese optimismo.

Hay tres aspectos que caracterizan a esta reacción conservadora en el plano de las estrategias comunicacionales y de los procedimientos de cons-



Protestas del 24 de Junio del 2021 en Betim, Minas Gerais, Brasil. Foto: Mari Rocha, MST

trucción discursiva y que, en mayor o menor medida, se pueden identificar a nivel continental: 1) la demonización de los proyectos populares y la reactivación de una matriz conspirativa que rememora el anticomunismo del siglo XX; 2) la apelación a las “pasiones tristes” como línea de acción estratégica frente a los límites de las promesas mercantilistas; y 3) la revalidación de políticas de corte neoliberal en lo económico y el ensalzamiento del problema de la inseguridad como cuestión central cuya respuesta debe pasar por el punitivismo y la represión.

Ejemplo claro del primer aspecto discursivo es el caso de Perú, donde el anticomunismo es un eje articulador de las diversas expresiones de la derecha. Desde Mario Vargas Llosa hasta el partido de corte nacionalista Renovación Popular –tercera fuerza en las últimas elecciones– asociaron la candidatura de Pedro Castillo a la idea de “una dictadura comunista”. De hecho, su competidora en el ballottage de 2021, Keiko Fujimori, desplegó una campaña anclada en el “miedo al comunismo”. Estos discursos dieron aire a posiciones más extremas. Allí se destacan dos grupos, la Coordinadora Republicana y La Resistencia, que muestran

una fuerte intervención en redes sociales, cuentan con voceros en medios de comunicación y se dedican a realizar denuncias a periodistas y funcionarios. En esta línea hay que colocar a Jair Bolsonaro, quien desde antes de llegar a la presidencia venía desplegando una clara impronta neofascista, que demoniza todo lo vinculado al PT y al Foro de San Pablo, así como reivindica a los jefes de la dictadura militar brasileña. En esta serie es importante sumar al chileno José Antonio Kast, quien llegó a la segunda vuelta presidencial reivindicando abiertamente a Pinochet, acusando a Sebastián Piñera de encarnar una derecha vergonzosa y planteando que el futuro del país se dirimía entre la libertad y el comunismo.

El fomento de la indignación, como procedimiento que apunta a reforzar posiciones ultra-individualistas, también se puede verificar en diversos países. Esta operación tiene algunos terrenos privilegiados y uno de ellos es el discurso referido a la corrupción. En El Salvador la irrupción de la figura de Bukele estuvo asentada en su ataque al bipartidismo que se consolidó luego de los Tratados de Paz de 1992. En el discurso del actual presidente toda la dirigencia anterior

es definida como “los mismos de siempre” o simplemente como “los corruptos”. En Argentina, Brasil y Ecuador la cuestión de la corrupción fue un factor clave para amplificar el desprestigio de los gobiernos progresistas. La oposición política, los medios de comunicación y una parte importante del sistema judicial confluyeron de forma inédita en una estrategia sistemática para presentar a los dirigentes de esas experiencias políticas como la encarnación de la falta de honradez y el uso de la política para beneficio personal. Otro terreno prioritario para las acciones que buscan generar indignación es el referido a la “ideología de género”. Los temas varían pero el modus operandi es el mismo.

Dejamos para el final el aspecto menos novedoso, pero no por eso menos importante: la construcción del discurso represivo y punitivista. Acá vale destacar al menos tres cosas: la inseguridad se construye como un problema en sí mismo –es decir, sin raíces sociales– y como el mayor de todos los males. La peligrosidad del otro es expansiva, va desde el inmigrante hasta el activista social. La reconfiguración regresiva de los límites de lo que puede ser dicho en el espacio público hace que las intervenciones contengan un mayor grado de

agresividad y avalen un mayor grado de violencia. Es el caso –aun en realidades completamente diferentes– de la centralidad que tiene para Bukele su Plan de Control Territorial o para el gobierno de Lacalle Pou su Ley de Urgente Consideración. La LUC amplió las condiciones para aplicar la legítima defensa, declaró ilegítimos los piquetes y creó el delito de resistencia al arresto. Un puntal en esta estrategia discursiva es la reivindicación cerrada del accionar de las fuerzas de seguridad. No casualmente en el escenario chileno José Antonio Kast se embanderó también en esa postura.

El círculo parece cerrarse. Ante la precarización de la vida y ante las incertidumbres generadas por las políticas neoliberales, emergen figuras “fuertes” que ofrecen respuestas ante la insatisfacción generalizada. Paradójicamente son voces que se asumen como abanderadas del cambio y que prometen orden, aunque se trate de un orden de bienestar ilusorio que sólo puede reforzar la desigualdad y la violencia.

Los desafíos que nos plantea el momento histórico son gigantes. Pero la lucha de los movimientos populares, la imaginación política y el compromiso con la vida están de nuestro lado.

Emiliano López es Investigador Adjunto de CONICET en el Laboratorio de Estudios en Sociología y Economía del Trabajo (LESET). Docente de la Universidad Nacional de La Plata. Coordinador del Instituto Tricontinental de Investigación Social.

Adrián Pulleiro es Doctor en Ciencias Sociales y Magíster en Comunicación y Cultura por la Universidad Nacional de Buenos Aires. Investigador del Instituto Tricontinental de Investigación Social.



Paramilitarismo y sicariato en América Latina y el Caribe

OBSAL

Lo que supo ser el drama de apenas un puñado de países, amenaza ahora con convertirse en el paisaje habitual de toda la región. La violencia política paramilitar se extiende por América Latina y el Caribe. Autodefensas, carteles de la droga, milicias, comités cívicos, guarimbas, grupos comando y organizaciones delincuenciales de todo tipo. ¿Qué son? ¿Por qué se expanden? Y sobre todo, ¿a qué fines sirven?

Introducción

Los fenómenos del paramilitarismo y la violencia política, entendidos como instrumentos de disputa por el poder, han sido una característica presente en varios países de América Latina y el Caribe desde inicios del siglo XX. Pero estos se han potenciado y consolidado en los últimos cuarenta años con el aterrizaje del neoliberalismo y en vinculación con las políticas contrainsurgentes diseñadas por Estados Unidos para la región. Según Franco Restrepo, las estructuras paramilitares son la materialización de una estrategia ofensiva contrainsurgente que articula acciones de diversa naturaleza (paramilitares, militares, psicológicas, cívicas, políticas y económicas) con el objetivo de cumplir orientaciones políticas y estratégicas determinadas por el Estado en función de la derrota del movimiento insurgente (2009: 358).

En nuestro continente, en particular, encontramos diferentes mecanismos. Mientras que en Colombia se produce el diseño de políticas y objetivos directamente desde el Estado, en Brasil emergen grupos articulados en esta estrategia por fuera de los límites del Estado, desde donde irradian las políticas represivas.

También se da el caso de la utilización de fuerzas paramilitares por parte de Estados que confrontan con otros Estados a través de mecanismos *proxy* o “delegados” —generalmente en articulación con grupos políticos locales—, como en Venezuela. Esto incluye la acción de bandas delincuenciales, instrumentalizadas en clave geopolítica, a través de una estrategia dirigida a caotizar la sociedad objetivo, para instalar la noción de un “Estado fallido” como paso previo a la intervención abierta, unilateral o “multilateral”.

En todo caso, la estrategia paramilitar, de carácter multidimensional y en estrecha relación con los grupos dominantes, mantiene características fundamentales en todas las latitudes: la violencia política (simbólica, económica, militar) es utilizada como instrumento para mantener el *statu quo* y acallar todo intento de transformación social. A

pesar de sus múltiples formas y orígenes reconoce un objetivo común: la defensa de los intereses de los sectores extractivistas, financieros o industriales que perpetúan el modelo de acumulación, así como el ataque a todo grupo o liderazgo que busque oponerse a su reproducción y expansión. Veamos ahora algunos casos nacionales representativos.

Colombia

Aquí se dio la materialización más plena del vínculo entre el proyecto paramilitar y el desarrollo y consolidación del modelo neoliberal, en el contexto de una dinámica contrainsurgente impulsada por el Estado que mantiene vivo un conflicto originado décadas atrás.

En el marco de la violencia bipartidista en el país (1936-1957) se crearon los “Pájaros”, el primer grupo paramilitar al servicio del Partido Conservador, cuyas prácticas en contra de las expresiones liberales y comunistas se reprodujeron durante el resto del siglo XX y se perpetúan hasta la actualidad (Estrada, 2015: 273). Después de aquel periodo continuó un proceso de vinculación de las prácticas paramilitares con las políticas contrainsurgentes del Estado para justificar la persecución y el exterminio del pensamiento y la acción política disidente. Su fortalecimiento encontró uno de sus puntos más álgidos en la década de 1980, con acciones direccionadas a consolidar un genocidio político en contra del partido Unión Patriótica (UP). El proceso de negociación entre el Estado y la insurgencia de la guerrilla FARC-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo), proceso en el que la UP estaba participando, se vio interrumpido por esta estrategia paramilitar.

La década de 1990 y los primeros años del nuevo siglo evidenciaron los momentos más cruentos de la violencia paramilitar en el país. La negociación del Plan Colombia con EE. UU. provocó el fortalecimiento del aparato represivo del Estado. Así mismo, estas estrategias de capacitación armada

irradiaron hacia los grupos paramilitares, que desarrollaron una estrategia nacional conocida como las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). La expresión política máxima de este proyecto se dio durante la presidencia de Álvaro Uribe. La inyección de recursos para la guerra permitió sostener el desarrollo del latifundio, la extracción minera y de hidrocarburos, a partir del desplazamiento forzado de siete millones de campesinos, además de darle un marco de seguridad a los carteles de la droga.

El “neoliberalismo de guerra” es el resultado de la organización de la acción bélica estatal generalizada en contra de la sociedad, bajo una adaptación al conflicto armado interno de las “guerras de cuarta generación y de espectro completo” diseñadas por EE. UU. (Ceceña, 2014). Así, el modelo neoliberal utiliza la violencia como herramienta de disciplinamiento y acumulación.

Este modelo se mantiene intacto a pesar de las permanentes denuncias por violaciones masivas de los derechos humanos. La coparticipación de los grupos paramilitares y los aparatos represivos del Estado se evidenció en el Paro Nacional de 2021. Entre enero y noviembre de 2021 se registraron 152 asesinatos contra liderazgos sociales, 88 masacres y 43 asesinatos contra firmantes de paz, más la persecución y criminalización de expresiones políticas opositoras. Esta violencia se diseminó por la región con versiones *for export* del modelo contrainsurgente.

México

México es otro de los ejemplos de paramilitarismo, utilizado como estrategia contrainsurgente y mecanismo de desplazamiento territorial de comunidades indígenas y rurales en favor de los sectores del poder económico. Destacamos en este caso dos modalidades: la ofensiva contra el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994 y la guerra contra el narcotráfico de Felipe Calderón iniciada en el año 2006.

El Estado de Chiapas fue el epicentro de la ofensiva militar y paramilitar para frenar el avance del EZLN y el proceso de organización de distintas comunidades. La articulación entre Ejército, servicios de inteligencia y sectores de poder locales (políticos, empresarios y policías) derivó en la constitución de grupos armados paramilitares. Uno de los casos más conocidos de su accionar fue la masacre de Acteal en 1997, en donde murieron 45 personas. El ataque tenía tres objetivos: atacar las bases de apoyo neozapatista, romper los lazos comunitarios y paralizar a la sociedad civil (Galindo De Pablo, 2015).

Los sexenios presidenciales de Calderón (2006-2012) y Enrique Peña Nieto (2012-2018) estuvieron marcados por la guerra antidroga impulsada por el primero. Siguiendo los lineamientos del Plan Colombia y de la guerra contra el terrorismo iniciada por EE. UU. (Paley, 2020) se llevó a cabo un proceso de militarización patrocinado mediante la llamada Iniciativa Mérida. La violencia se estructuró como forma de resolver los conflictos —por ejemplo la modalidad del sicariato— y la militarización social fue el caldo de cultivo para la aparición de nuevos grupos paramilitares.

La guerra se llevó a cabo en territorios indígenas y campesinos, cuyos habitantes fueron desplazados y sus tierras destinadas a inversiones de empresas transnacionales (Paley, 2020). Los cárteles se expandieron a la par de la economía ilícita y el tráfico de armas, adoptando la forma de ejércitos irregulares. La población civil fue víctima del conflicto: altas tasas de homicidios¹, violaciones de derechos humanos, desplazamientos y de-

1 Las altas tasas de homicidios es una problemática que continúa en el gobierno de Andrés Manuel López Obrador (2018), aunque los datos indican que se han estabilizado. Según el INEGI, en 2020 se registraron 36.579 homicidios. En relación con 2019 se observa una disminución del 0,01%, cortando con la tendencia en alza registrada durante el sexenio de Peña Nieto (INEGI, 2021).

sapariciones forzadas². Sobresale el caso de la desaparición de los estudiantes normalistas de Ayotzinapa en 2014.

Venezuela

En Venezuela, en el marco de una guerra híbrida y multidimensional, los ataques con grupos irregulares se integraron a la estrategia de EE. UU., como lo demuestra la llamada Operación Daktari (Britto García y Pérez Pirela, 2012), desmantelada en 2004 por el Estado venezolano. Si bien la acción de grupos de choque estructuró las protestas callejeras desde las guarimbas iniciadas en 2014 —y relanzadas en 2017—, la violencia fue especialmente intensa durante la administración de Donald Trump, en particular en torno al gobierno *fake* de Juan Guaidó, cuando se alcanzó una abierta participación transnacional.

Los episodios más relevantes fueron los operativos comandados por el ex-policía Oscar Pérez —entre ellos, el ataque a la sede del Tribunal Superior de Justicia en 2017—; el atentado contra Nicolás Maduro en 2018 y diversas operaciones de fuerzas irregulares. Destaca la Operación Gedeón —mayo 2020—, preparada en territorio colombiano, que constituyó un intento de invasión por parte de militares retirados de las fuerzas especiales del Ejército estadounidense, mercenarios colombianos y desertores de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB) residentes en Colombia. La operación fue organizada por la empresa Silvercorp de Miami, liderada por el ex marine Jordan Goudreau y contratada por Guaidó.

La ayuda del gobierno colombiano fue denunciada incluso por una de las cabecillas de la operación, Yacsy Álvarez, quien confesó que mantuvo permanente contacto con la Dirección Nacional de Inteligencia colombiana, que le ofreció protección frente a la eventual captura por parte de la Policía venezolana. El Estado colombiano, que se ha prestado como *pívor* de los intereses de EE. UU., ha estado en permanente ofensiva contra el proceso bolivariano en Venezuela.

Estas y otras operaciones coincidieron con la activación de grupos criminales ligados al hampa “común”, como el liderado por “El Koki”, que en 2021 se enfrentaron con las fuerzas del Estado en su intento por tomar zonas populares estratégicas en la periferia de Caracas. Luego de los enfrentamientos, las fuerzas estatales informaron que habían encontrado armas pesadas y dispositivos tecnológicos, como drones, granadas, bazucas y hasta un fusil de francotirador utilizado por las fuerzas especiales de EE. UU. y otros países de la OTAN (Misión Verdad, 10/07/2021).

² Desde que inició la llamada “guerra contra el narcotráfico”, se registra un aumento significativo en el número de personas desaparecidas. Desde el primero de diciembre de 2006 hasta la actualidad se desconoce el paradero de 73.755 personas (Expansión política, 06/08/2021).



Paramilitares del G9 en Puerto Príncipe, Haití.

Haití

El paramilitarismo en Haití se ha venido expresando a través del crimen organizado, que desde hace años tiene gran presencia en un país con un Estado en crisis, que no detenta el monopolio del uso de la fuerza (Rivara, 2021). La crisis institucional, producto de las derivas autoritarias del partido de gobierno (PHTK), podría encontrar un punto de inicio en la disolución del parlamento a inicios de 2020, pasando por la intervención de tribunales de justicia, la extensión ilegal del mandato presidencial y la intención de reformar la Constitución en un sentido regresivo. Estos intentos de controlar las movilizaciones iniciadas en 2019 por el desfalco de fondos de Petrocaribe no fueron suficientes y se complementaron con la acción de bandas del crimen organizado.

Con una enorme cifra de secuestros y asesinatos, las pandillas tuvieron la capacidad de aterrorizar a la población y aislar completamente barrios o ciudades, desalentando la participación popular cada vez que el pueblo se manifestaba en contra del ex-presidente Jovenel Moïse.

Diversas organizaciones denunciaron la connivencia de las bandas con el PHTK. Según la Red Nacional de Defensa de los Derechos Humanos, el grupo de pandillas G9 se creó para asegurar su victoria electoral (Francisque, 2021) y hay fuertes indicios y denuncias de su financiamiento por parte de actores estatales y grupos de poder. De hecho, su líder, “Barbecue” Cherizier, es un policía exonerado sospechado de connivencia con ese partido. La segunda forma en la que el paramilitarismo se manifestó en Haití fue en el magnicidio de Moïse, protagonizado por exmilitares colombianos contratados por la empresa CTU Security, compañía de seguridad privada de Miami con sede en Colombia y con antecedentes de participación en operaciones desestabilizadoras como la mencionada Operación Gedeón.

Internamente u organizada desde el exterior, la violencia paramilitar ha venido jugando un rol determinante en el mantenimiento del orden neoliberal en el país que alguna vez osó rebelarse contra la esclavitud y fundar la primera república negra del mundo.

Brasil

Una de las formas de violencia del gobierno de Bolsonaro son las llamadas “milicias”, conformadas en gran parte por agentes y ex agentes de la seguridad pública. No parecen haber surgido como resultado de la ausencia del Estado; son organizaciones que actúan en sus márgenes, cometiendo crímenes —torturas, ejecuciones, desapariciones— y formando una fuerza auxiliar, realizando el “trabajo sucio” que no puede acometer la fuerza pública. Las milicias son usadas para controlar territorios en zonas de la periferia urbana, especialmente en Río de Janeiro, y también con fines políticos, como se vislumbró con el asesinato de la consejera y activista Marielle Franco.

Estas prácticas alcanzan cierta legitimidad ya que operan en la reproducción de la vida material y en la esfera económica —control de actividades ilegales como tráfico de armas o venta de garrafas de gas—; y también en la ideológica.

Las milicias tienen sus representantes en los poderes legislativo y ejecutivo. Cabe recordar que el gobierno de Bolsonaro, al aplicar políticas de promoción del armamento, benefició a grupos paramilitares. El número de armas registradas en circulación se ha duplicado entre 2019 y 2020 (FBSP, 2021).

Bolivia

En el proceso que desembocó en el golpe de Estado de 2019 se utilizaron fuerzas de seguridad articuladas con grupos paraestatales. Generalmente, las organizaciones paramilitares están en coordinación con los llamados “comités cívicos”, que aglutinan a empresarios y políticos opositores al Proceso de Cambio liderado por el MAS-IPSP.

Algunas de estas fuerzas son de larga data, como la Unión Juvenil Cruceñista (UJC), fundada a mediados del siglo XX y con un largo historial de fascismo, incluyendo su participación en el golpe de Estado en 1971. Otras surgieron en los últimos años, como el grupo Resistencia Juvenil Cochala (RJC), cuyo papel fue clave en las protestas previas al golpe, realizando actos violentos contra dirigentes del MAS y periodistas. Entre los casos más resonantes se encuentra el ataque contra Patricia Arce, entonces alcaldesa de Vinto, secuestrada de su despacho y humillada públicamente. Luego de la recuperación de la democracia, varios de estos hechos comenzaron a ser investigados y algunos de sus líderes, detenidos e incluso sentenciados a varios años de cárcel.

Un fenómeno que se extiende

La información presentada en este artículo apunta a ofrecer una mirada de conjunto, representativa de una problemática que ha crecido en los últimos años y amenaza con convertirse en parte del paisaje político habitual del continente. Sin embargo, no se trata de una enumeración exhaustiva de casos. Otros territorios están atravesados por la violencia, con diferentes grados de desarrollo. En todos los casos, relacionados con las viejas y nuevas formas de las disputas políticas nacionales, pero cada vez más con la intervención geopolítica orientada por EE. UU. El uso de fuerzas paramilitares en sentido estricto, así como de otros actores irregulares, tiene relación con el desarrollo de la guerra híbrida, que caracteriza a la etapa política y parece haber llegado para quedarse. Analizar, reflexionar y encontrar antidotos organizativos para la violencia ejercida contra los pueblos es un aspecto central del análisis político en la actualidad, y seguramente lo será también en el futuro inmediato.

Referencias:

Britto García, L. y Pérez Pirela, M. (2012). *La invasión paramilitar. Operación Daktari*. Caracas: Ediciones Correo del Orinoco. Versión digital disponible en: https://www.alainet.org/images/invasion_paramilitarLB.pdf (Acceso: 1 de diciembre de 2021).

Ceceña, A. E. (2014). La dominación de espectro completo sobre América. *Revista do Estudos e Pesquisas sobre as Américas Vol. 8 No.2*, 124-139.

Estrada, A. J. (2015). Acumulación capitalista, dominación de clase y rebelión armada. Elementos para una interpretación histórica del conflicto social y armado. En VV.AA., *Conflicto Social y Rebelión Armada en Colombia (ensayos críticos)* (págs. 253-321). Bogotá: Gentes del Común.

Expansión política (6 de agosto de 2021). Los desaparecidos, la otra pandemia que azota a México. Disponible en: <https://politica.expansion.mx/mexico/2021/08/06/voces-los-desaparecidos-es-la-otra-pandemia-que-azota-a-mexico> (Acceso: 30 de noviembre de 2021).

Fórum Brasileiro de Segurança Pública - FBSP (2021). Anuário Brasileiro de Segurança Pública 2021. ISSN 1983-7364 • ano 15 • 2021. Disponible en: <https://forumseguranca.org.br/wp-content/uploads/2021/10/anuario-15-completo-v7-251021.pdf> (Acceso: 03/12/2021).

Francisque, J. (2021) Haití: el gobierno de las pandillas. CONNECTAS. Disponible en: <https://www.connectas.org/especiales/haiti-el-gobierno-de-las-pandillas/es/> (Último acceso: 19/12/2021).

Franco Restrepo, V. L. (2009). *Orden contrainsurgente y dominación*. Bogotá: Siglo del Hombre - Instituto Popular de Capacitación.

Galindo De Pablo, A. (2015) El paramilitarismo en Chiapas. Respuesta del poder contra la sociedad organizada. *Política y cultura*, (44), 189-213. Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/polcul/n44/n44a9.pdf> (Acceso: 30 de noviembre de 2021).

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (21 de julio de 2021). Datos preliminares revelan que en 2020 se registraron 36 579 homicidios. Disponible en: <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2021/EstSociodem/Defcioneshomicidio2020.pdf> (Acceso: 30 de noviembre de 2021).

Misión Verdad (10 de julio de 2021). *Cota 905 y el papel de los grupos armados en la guerra difusa*. Disponible en:

<https://misionverdad.com/venezuela/cota-905-y-el-papel-de-los-grupos-armados-en-la-guerra-difusa> (Acceso 30 de noviembre de 2021)

Paley, D. (2020). Guerra neoliberal. Desaparición y búsqueda en el norte de México. México: Libertad bajo palabra.

Rivara, L. (16 de marzo de 2021). Los "Fantasmas" de Puerto Príncipe: grupos armados y rebelión policial en Haití. *TeleSUR*. Disponible en:

<https://www.telesurtv.net/telesuragenda/Los-Fantasmas-de-Puerto-Principe-grupos-armados-y-rebelion-policial-en-Haiti-20210316-0019.html> (Último acceso: 19/12/2021).

OBSAL es el Observatorio de la Coyuntura de América Latina y el Caribe. Impulsado por las oficinas de Buenos Aires y San Pablo del Instituto Tricontinental de Investigación Social.



La cuestión migratoria en Mesoamérica: de la crisis estructural a la injerencia norteamericana

Carlos Mauricio Ferolla

Los seres humanos han migrado desde el mismo origen de la especie. Pero en Centroamérica, uno de los principales corredores migratorios del mundo, el fenómeno tiene sus particularidades. ¿Por qué las personas se ven forzadas a dejar sus hogares? ¿Cuál ha sido la respuesta de sus gobiernos? ¿Qué incidencia han tenido las políticas neoliberales? ¿Cuál es la respuesta de los Estados Unidos, aquel destino tan esquivo como aparentemente inexorable? Carlos Barrientos, de la CUC de Guatemala, nos ofrece su mirada.

En los últimos años se agudizó la crisis migratoria en los países de Mesoamérica. Desde la región del Darién -en la frontera de Panamá y Colombia- hasta el límite fronterizo que separa México y Estados Unidos, los flujos de migraciones irregulares se intensificaron a causa de la crisis estructural que atraviesan los países de la región, agravados con la pandemia del Covid-19.

El incremento de las desigualdades, la pobreza y la violencia social, sumado a la crisis institucional y a los efectos devastadores de la crisis climática, aparecen como los principales factores que llevan a migrar a decenas de miles de personas. La respuesta de los gobiernos de la región ante las sucesivas caravanas migratorias es mayormente represiva. Esta dos Unidos es el destino de la mayoría de las personas que parten de Centroamérica o recorren estos países hacia el norte del continente.

Crisis social, económica y política en Centroamérica

Para analizar la cuestión migratoria en Mesoamérica dialogamos con Carlos Barrientos, integrante del Comité de Unidad Campesina (CUC) de Guatemala. Para el dirigente social es importante enmarcar la crisis migratoria en la situación política, social y económica que atraviesan los países centroamericanos: “Centroamérica es una región pobre, encontramos casos extremos como el de Honduras con 52% de pobreza extrema y Guatemala donde el 49% de los menores de 5 años sufre desnutrición infantil crónica”. El incremento de la pobreza se debe en gran parte al impacto social de la pandemia: a esto se suma que la crisis sanitaria, la falta de vacunas y de equipamientos médicos, deterioraron aún más las condiciones de vida de las poblaciones.

El modelo económico que prima en la región es neoliberal y extractivista, basado en la minería y en la precarización y pauperización de la fuerza de trabajo. Además, el modelo de acumulación en Centroamérica es cada vez más dependiente de las remesas que envían las personas migrantes.

El dirigente del CUC detalla que “el país que más remesas recibe en relación a su Producto Bruto Interno es El Salvador, con un equivalente al 20.69%. Luego sigue Honduras con un 20.32% del producto. En el caso de Guatemala las remesas ascienden al 14% del PBI. En Nicaragua es el 11.29%, en Costa Rica el 0.42% y en Panamá el 0.18%”.

Para Barrientos las remesas implican una “situación perversa”. Cuando las personas se ven forzadas a migrar hacia EE. UU. y envían las remesas a su país de origen, una buena parte de estas quedan en los bancos, cuando los familiares hacen el cambio a la moneda nacional. Otra parte va a parar a las empresas que producen bienes de consumo y ofrecen malas condiciones de trabajo, pagan bajos salarios y generan las condiciones para que las personas decidan migrar. Además, las remesas garantizan una importante entrada de dólares y mantienen estables las variables macroeconómicas generando condiciones propicias para la inversión privada.

Al modelo económico dependiente se suma la política autoritaria de gobiernos como los de Guatemala, Honduras y El Salvador. Además, estos países atraviesan por recurrentes crisis institucionales y políticas. Las instituciones hondureñas y guatemaltecas están cooptadas por la corrupción y sus funcionarios son denunciados por tener vínculos con bandas del crimen organizado y el narcotráfico. En Panamá, el caso Odebrecht comprometió a importantes dirigentes políticos e incluso a ex presidentes. En El Salvador, Nayib Bukele busca un poder absoluto capturando los poderes del Estado. Mientras tanto, y en un escenario marcadamente distinto, Nicaragua se ve asediada por el injerencismo norteamericano.

La migración forzada como expresión de la crisis neoliberal

Mesoamérica fue y es uno de los principales corredores migratorios del mundo y a lo largo de su historia podemos identificar distintas modalidades. Carlos Barrientos afirma al respecto que:

“En los años 80 del siglo XX, la principal causa del proceso migratorio en la región fueron los conflictos armados y la represión estatal masiva, lo que obligó a miles de personas a huir de la guerra, la violencia, la persecución. En ese entonces, el grueso de las personas que emigraban eran exiliados y refugiados, sobre todo de Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala. En la medida en que se fueron impulsando los procesos de paz en la región y fue finalizando la guerra, las causas de la migración se volvieron fundamentalmente económicas”.

Por otra parte, el fenómeno de las caravanas migrantes que se hizo visible a partir del 2018 presenta un riesgo y un desafío para los gobiernos de la región.

“El hecho se generó a través de las redes sociales. Se produjo un flujo de miles y miles de personas por mes. En cada país decidieron unirse y recorrer Guatemala y México intentando llegar a Estados Unidos. La respuesta del gobierno norteamericano fue desplegar alrededor de 7 mil efectivos policíacos y militares en su frontera con México, por lo que miles de personas fueron detenidas”, explicó el dirigente social.

Para Carlos Barrientos la relación entre crisis migratoria y profundización del modelo neoliberal es directamente proporcional:

“Se estima que entre 5 mil a 8 mil personas emigran de sus países por mes, sobre todo de Guatemala, El Salvador y Honduras. Anualmente migran a Estados Unidos alrededor de 200 mil centroamericanos y en los últimos 30 años el total superó los 16 millones de personas. Este es un flujo constante que se ha ido incrementando en la medida que el neoliberalismo ha ido avanzando. Las personas migran fundamentalmente a Estados Unidos, pero el 91% no lo hacen buscando el sueño americano, sino huyendo de la pesadilla que viven en sus países”.

La respuesta de los gobiernos de la región a la movilización de miles de personas que deciden migrar ha sido fundamentalmente represiva, produciendo la militarización de las fronteras. El ejército mexicano frenó el intento de los y las migrantes de cruzar su frontera hacia EE.UU., y

la policía y los militares guatemaltecos rodearon los departamentos fronterizos con El Salvador y Honduras. “No hay en el caso de Guatemala ni en el de México una iniciativa para comprender el fenómeno de la migración ni para atenderlo de forma humanitaria. La respuesta fundamental, como en Estados Unidos, ha sido movilizar a efectivos policíacos y militares para impedir que las caravanas sigan caminando por sus respectivos países”, señaló Barrientos.

Esta política genera que muchas personas tengan que retornar forzosamente a la realidad de la que querían escapar, o buscar vías aún más inciertas para atravesar la frontera, poniendo en peligro sus vidas y quedando a merced de bandas criminales. Detrás de esto hay además una economía ilícita que lucra con las migraciones irregulares.

El rol de Estados Unidos: la doble cara del verdugo

La política injerencista de Estados Unidos es responsable de la crisis social y política de los países centroamericanos. Las migraciones cumplen un rol fundamental para el modelo económico norteamericano, ejerciendo presión sobre el mercado laboral y actuando como fuerza de trabajo en rubros donde la mano de obra es precarizada y tiene bajos salarios. A pesar de esto, las distintas administraciones estadounidenses han afrontado el problema migratorio como si fueran víctimas o damnificados, exigiendo a los países de Mesoamérica respuestas contundentes, represivas y criminalizadoras.

Sobre el rol de EE.UU en la crisis de los países centroamericanos, Carlos Barrientos explicó que: “Si Estados Unidos no hubiera intervenido apoyando dictaduras, los gobiernos militares y de derecha muy probablemente no existirían en los países de Centroamérica”. En lo que respecta a los migrantes, “EE. UU. ha tenido básicamente una política bipartidista, aunque con matices, porque lo que están defendiendo son los intereses de las empresas norteamericanas y los intereses de los dos partidos, el Republicano y el Demócrata”.

El *continuum* de la política exterior migratoria se observa en las decisiones que fueron tomando las distintas administraciones. El gobierno de Barack Obama tuvo una política sistemática de deportaciones, llegando a un promedio de 400 mil por año. Tras la crisis de los migrantes menores no acompañados del 2014 -alrededor de 70 mil niñas y niños fueron capturados-, Estados Unidos creó junto a Honduras, Guatemala y El Salvador el Plan Alianza para la Prosperidad del Triángulo Norte (PAPTN) para impedir, aparentemente, que las personas se vean en la necesidad de migrar.

Por su parte, Donald Trump le imprimió a la política migratoria estadounidense una visión explícitamente xenófoba, obligando a los gobiernos de México y del Triángulo Norte a tomar una serie de medidas represivas para combatir y detener la migración. Se estableció, por ejemplo, el acuerdo de “tercer país seguro”, que como indica Carlos Barrientos, “implicaba la utilización de las fuerzas de seguridad de los gobiernos para impedir la migración, porque en las precarias situaciones que hay en los países centroamericanos ningún país podía jugar ese papel de ser un tercer país seguro”. Para el dirigente social estas medidas no atacan las causas estructurales, sino que fortalecen el modelo que genera la expulsión de miles de personas.

En lo que respecta a la administración de Joe Biden, iniciada en 2020, si bien se puso fin a las políticas como “tercer país seguro” y “permanecer en México”, continúa en esencia la criminalización a los y las migrantes mediante deportaciones y detenciones:

“De enero a junio del 2021 Estados Unidos deportó a 109.553 personas. En mayo había 16.680 personas solicitantes de asilo, en ocho ciudades fronterizas mexicanas donde no se les había permitido permanecer. Otro elemento que indica la continuidad de las políticas de Trump es el número de personas detenidas: en julio del 2021 fueron unas 80 mil personas,

entre ellos 19 mil menores no acompañados, que fueron capturados en la frontera sur. Además, en julio de este año la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza de Estados Unidos detuvo a 210 mil personas en tan solo un mes, lo que arroja el número mayor de detenidos en lo que va del siglo XXI”.

Otro de los casos paradigmáticos del continuismo es la política “título 42”, que es usada actualmente en el contexto de pandemia de la Covid-19 para deportar migrantes de manera selectiva y discriminatoria.

La migración como derecho y la alternativa al modelo neoliberal

Carlos Barrientos sostiene que para poder abordar la problemática migratoria de manera que pueda dar respuestas efectivas y humanitarias a la crisis, hay que enfocarse en tres aspectos estructurales. Los primeros dos están directamente relacionados: uno hace énfasis en discutir un nuevo modelo de desarrollo, diferente al modelo extractivista minero y energético que prima en la actualidad, “basado en poder extraer los recursos de la naturaleza, en tener bajos salarios y condiciones deplorables de trabajo, en el desarrollo de las maquilas y en el impulso de los monocultivos” indica el dirigente social. A la par, señala que se debe atacar la pobreza y la violencia general que atraviesa a los países de la región.

Por último, indica que hay que entender a la migración como un fenómeno consustancial a la especie: “intentar detener la migración es un enfoque equivocado, porque se está pretendiendo impedir una dinámica que existe desde los orígenes de la humanidad”. Por el contrario, Barrientos propone un enfoque basado en los derechos humanos, que conciba a las y los migrantes como sujetos políticos con dignidad y plenos derechos.

Referencias:

- ARGOS (29/07/2021). *Darién: la zona migratoria más crítica y olvidada de Latinoamérica*. ARGOS observatorio internacional de migraciones y derechos humanos. Disponible en: <https://www.argosob.org/es/2021/07/darien-zona-migratoria-critica-latinoamerica/>
- ARGOS (31/08/2021). *Securitización de las migraciones: ¿Seguridad nacional o negocio?*. ARGOS observatorio internacional de migraciones y derechos humanos. Disponible en: <https://www.argosob.org/es/2021/08/securitizacion-de-las-migraciones-seguridad-nacional-o-negocio/>
- Ceja, I.; Alvarez Velasco, S. & Berg, U. (ccord) (2021). *Migración*. Ciudad de México: CLACSO
- McGuirk, S. y Pine, A. (04/11/2020). *Asilo a la venta: Lucro y protesta en la industria de la migración*. Disponible en: <https://rebellion.org/wp-content/uploads/2020/11/Introduccion-de-Asilo-a-la-ventaRebellion.pdf>
- Roldán Andrade, U. (2016). *Otras miradas para el análisis de las migraciones. Actores/sujetos migrantes desde las realidades en Huehuetenango, Guatemala*. En Carlos Sandoval Garcia (Ed.), *Migraciones en América Central* (pp. 297 - 314). San José, C.R.: Editorial UCR. Disponible en: https://www.academia.edu/download/51306784/Migraciones_en_America_Central_CSGEd2016.pdf#page=315
- Roldán Andrade, U. (2020). *Informe de investigación: Dinámicas migratorias y desplazamiento forzado en Guatemala*. San José, C. R.: CONARE - PEN. Disponible en: https://repositorio.conare.ac.cr/bitstream/handle/20.500.12337/7955/Roldan_U_Dinamicas_migratorias_desplazamiento_Guatemala_2020.pdf?sequence=1

Carlos Mauricio Ferolla es integrante del Observatorio de Coyuntura y América Latina y el Caribe del Instituto Tricontinental de Investigación Social. Estudiante avanzado de la Licenciatura en Ciencia Política de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Militante de la organización Vamos - Frente Patria Grande, Argentina.



Más allá de la independencia de “bandera e himno”: el neocolonialismo en el Caribe

Kandis Sebro

Dentro de la enorme diversidad de realidades que alberga el continente, la subregión caribeña, y en particular la suerte de las pequeñas islas antillanas, suele pasar completamente desapercibida. A veces por desconocimiento, a veces por las muy reales barreras geográficas o lingüísticas. Pero la mayor parte de las veces por el interés colonial que busca dejar en penumbras la realidad de naciones que no luchan por la “segunda y definitiva” independencia, porque muchas veces siguen bregando por la primera.

El capítulo caribeño de los Movimientos Sociales hacia el ALBA ha estado resistiendo desde el inicio de la pandemia del COVID-19. Como han afirmado muchos y muchas activistas sociales, políticos, e incluso algunos empresarios, la pandemia ha hecho más evidente y más profunda, si cabe, la desigualdad de nuestras sociedades.

En el Caribe anglófono, región en la que la mayoría de los países ha alcanzado por fin su independencia, el debate está marcado por la situación de Barbados, una nación que tras 55 años de independencia ha proclamado recientemente su carácter republicano. Es decir que, durante más de medio siglo, Barbados tuvo a la reina Isabel II del Reino Unido como jefa de Estado, pese a su carácter formalmente independiente.

Además, en la primera ceremonia del Día de la República de Barbados estuvo presente como invitado nada menos que el príncipe Carlos, de la misma metrópolis colonial que la isla estaba abandonando. Presencia contra la que se pronunció enérgicamente David Denny, de parte del Movimiento Caribeño por la Paz y la Integración.

Muchos problemas siguen afectando a las islas anglófonas, entre ellos la incapacidad de actuar como fuerza regional en asuntos judiciales de carácter internacional. A pesar de los numerosos intentos de contar con un Tribunal de Justicia del Caribe como última instancia de apelación, la mayor parte del Caribe anglófono sigue supeditado al Comité Judicial del Consejo Privado (JCPC, por sus siglas en inglés) del Reino Unido.

Además, existe una gran dependencia económica, como último resabio de los vínculos coloniales que nos amarran. Tras la independencia, al volverse el Reino Unido el principal socio comercial, nos quedó poco o nulo margen de incidencia en el mercado mundial, donde los términos de intercambio son establecidos por otros. Se trata de una realidad de mercado que incluye a importantes sectores —como el alimentario— que deberían ser soberanos, y no lo son. Muchos de nuestros países

importan la mayor parte de lo que consumen y mantienen por tanto una posición de dependencia alimentaria grave. Gerald Pereira, militante político y social de Guyana y líder de la Organización para la Victoria del Pueblo (OVP), se refiere a la independencia que tenemos en la actualidad en nuestros países como a una independencia de “bandera e himno”. Pereira lamenta que, mientras Barbados se une a otras naciones hermanas como Trinidad y Tobago y se convierte en república, la independencia siga siendo puramente nominal.

En el Caribe francófono la situación no es menos compleja. Martinica y Guadalupe, mantenidas como “Departamentos Franceses de Ultramar”, están alborotadas: comienzan a ondear sus propias banderas nacionales, dejando atrás la francesa. La pandemia provocó una nueva situación mundial, mientras que gobiernos y empresas intentan imponer la vacunación obligatoria a una población que, como la caribeña, tuvo una relación particular con la política sanitaria y epidemiológica de las metrópolis. En Francia, en particular, el gobierno está promoviendo las mismas políticas sanitarias en su territorio y en los departamentos de ultramar, en donde las poblaciones se han resistido por varias razones.

Antes de la irrupción del COVID-19, se produjo la debacle de la clordecona en las islas francesas. Más de 300 toneladas de este pesticida sumamente tóxico fueron vertidas en el agua, con pleno consentimiento de las autoridades coloniales, aun cuando su uso está terminantemente prohibido en la Francia continental. El resultado fue que muchas personas enfermaron y otras murieron. De hechos como este, y del historial criminal de experimentación médica con diferentes poblaciones africanas y caribeñas, proviene la desconfianza generalizada.

Los habitantes de Guadalupe y Martinica no tienen ninguna simpatía por su gobierno. En lugar de llevar adelante acciones para sensibilizar a la ciudadanía sobre las vacunas y las medidas sanitarias, los franceses enviaron el 22 de noviembre

a sus fuerzas armadas especiales para reprimir a la población. Evidentemente, el derecho a la libertad de reunión y protesta fueron completamente dejados de lado. En lugar de un compromiso y un diálogo productivos, lo que se produjeron fueron hechos represivos.

Mientras tanto, otros problemas son completamente desatendidos, como el crecimiento del desempleo en un país que, como Guadalupe, tiene al 60 por ciento de su población joven y al 35 por ciento de su población total desocupada, mientras que más de 100 mil personas viven bajo la línea de pobreza, según los datos de Sandro Maroudin, Secretario General del sindicato Sud PTT Gwa. Las colonias han quedado completamente relegadas, y las preocupaciones de su población parecen no sensibilizar al Estado colonial.

Por otro lado, en el Caribe hispano-hablante, el pueblo de Puerto Rico ha estado resistiendo activamente al gobierno colonial estadounidense y a la Junta Fiscal, mientras se ejecutan políticas pro-mercado, de corte neoliberal, y se dejan de lado las necesidades populares. La pandemia irrumpió tras el escándalo de corrupción desatado en torno a las “ayudas” recibidas tras el paso del huracán María por la isla, escándalos que salpican también a Luma Energy, la empresa encargada de la distribución de energía eléctrica en el país.

Los borinqueños salieron masivamente a las calles a protestas por la pésima gestión ante los daños causados por el huracán, cuando se encontraron toneladas de ayuda no distribuida, desaparecieron fondos millonarios, y Puerto Rico se vio sometida a innumerables apagones eléctricos. En medio de la pandemia, la Junta Fiscal decidió dar mayor participación a la empresa privada Luma, lo que se tradujo en un aumento de las tarifas, en la pérdida

de puestos de trabajo y en un suministro aún más deficiente de energía. Mientras el costo de vida aumenta sin cesar, los manifestantes siguen inundando las calles.

Estas medidas, entre otras muchas, sirven para demostrar que quienes residen en las colonias o en las ex colonias, son quienes se han llevado la peor parte de las malas decisiones gubernamentales. Estas decisiones se han tomado sin considerar sus intereses: y cuando estos se manifiestan en modo de rebeliones y protestas, la respuesta oscila entre la indiferencia y la represión, como puede verse en los casos de Puerto Rico, Guadalupe y Martinica.

Es evidente que a la política colonial sólo le interesa explotar los recursos de los territorios ultramarinos, sin ninguna consideración por sus habitantes. Un flagrante ejemplo histórico es el de Haití y la “deuda” contraída en su proceso de independencia. Después del triunfo de la Revolución de 1791-1804, Francia obligó a Haití a pagar unos 21 mil millones de dólares en concepto de “reparación” a los colonos esclavistas franceses. Haití, la partera de todas las naciones del Caribe, de todas las sociedades negras del mundo, se le impuso una deuda que sufrió durante más de 100 años, que paralizó su economía y embargó sus posibilidades de desarrollo futuro. La situación social y económica de Haití es de público conocimiento, aunque los franceses parecen no convencerse aún de la necesidad de reparar al país por su enorme contribución a su infortunio.

Parece evidente que las cadenas del colonialismo y el neocolonialismo aún no se han roto. Como afirma Pereira, debemos trascender las independencias “de bandera e himno”. El Caribe anglófono debe cortar sus lazos coloniales de hecho, no sólo los nominales. Debemos hacer un balance de nuestros



La Reina Isabel II del Reino Unido viaja a Belice para reunirse con la gobernadora general Elmira Minita Gordon en 1985

procesos y actuar como verdaderas repúblicas, libremente, sin permitir injerencia externa alguna. lo mismo en el caso de las colonias francófonas e hispanohablantes sucede algo parecido.

Las personas del Caribe, sobre todo las de los territorios coloniales, siguen siendo consideradas ciudadanos y ciudadanas de segunda clase, mientras todas las decisiones son tomadas en función de los intereses comerciales y de quiénes residen

en las metrópolis. Las preocupaciones locales son ignoradas, nuestra identidad es remodelada a la fuerza a través de elementos que no nos son propios, nuestra historia permanece eclipsada por la narrativa dominante de los colonos, nuestros puntos de vista son silenciados, y nuestra gente es utilizada al servicio de la agenda global del capital y del imperialismo. Pero, como en otras regiones de América Latina y el Caribe, se abre una ventana de oportunidad para nuestros pueblos.

Kandis Sebro es Responsable de Educación e Investigación del Oilfields Workers' Trade Union de Trinidad y Tobago.

ALTERNATIVAS





Cambiar de fase: la batalla comunicacional y el campo revolucionario latinoamericano

Por Pedro Santander Molina

Nunca “la batalla comunicacional” fue tan importante como hoy en la lucha revolucionaria por transformar el mundo y por resistir los embates del enemigo. En otros tiempos, las cuestiones centrales, las discusiones en las que se nos iba la vida, estaban ligadas al internacionalismo, las formas organizativas o la cuestión militar. Hoy, la cuestión comunicacional ocupa un lugar de similar importancia.

Hugo Chávez lo sabía. “La comunicación es la falla tectónica de la revolución”, dijo más de una vez, con esa lucidez y capacidad de anticipación que caracteriza a los líderes. No hay dudas de que el Comandante estaba elaborando un “pensamiento comunicacional” que no alcanzó a desarrollar. Lo mismo sucedió con Fidel Castro, cuando en los años 90, antes de Internet, de las redes sociales, de la nube, de la web semántica y el metaverso, nos advertía acerca de la importancia estratégica que estaba tomando “la batalla de las ideas”.

Aunque para ser históricamente justos, debemos recordar que el propio Lenin libró hace más de 100 años un duro combate para convencer a sus camaradas acerca de la importancia crucial del periódico en la lucha revolucionaria. En “¿Por dónde empezar?” (1901), señalaba que el problema del “carácter de la lucha y sus métodos” no estaba resuelto y afirmaba: “el punto de partida de nuestra actividad, el primer paso práctico hacia la creación de la organización deseada y, por último, el hilo fundamental al que podríamos asirnos para desarrollar, ahondar y ampliar incesantemente esta organización debe ser la fundación de un periódico político”. Es decir que ya por entonces Lenin relacionaba lo comunicacional (en este caso en su expresión mediática, formato papel, textual y registro escrito) con el carácter y los métodos de lucha. Lo planteaba, además, como un *punto de partida*.

Lenin entendía el periódico como un “organizador colectivo” y usaba la metáfora del andamio para postular que el diario, al igual que este, debía “facilitar las relaciones entre los distintos constructores, ayudar a distribuir la tarea y a observar los resultados generales alcanzados por el trabajo organizado”. Esta analogía la retomó en *¿Qué hacer?* (1902), en donde profundizó la reflexión y reafirmó su convicción de que la creación del periódico es un decisivo *punto de partida*.

1) El diagnóstico como punto de partida

Como izquierda revolucionaria hoy tenemos un punto de partida. Ya nos hemos formado generalizadamente una convicción acerca de la importancia de lo comunicacional en la batalla y, en ese ámbito, nuestros diagnósticos se han mostrado correctos y acertados. Podemos ya caracterizar

una serie de maniobras, e incluso protocolos comunicacionales del enemigo. Hoy no miramos con ingenuidad las redes sociales, tenemos claro que la promesa libertaria de internet se quedó tan sólo en promesa, sabemos que los filtrados algorítmicos favorecen a la derecha, que las cámaras de eco digitales en su dinámica de homofilia digital (Boutyline y Willer, 2016) pueden generar ilusión de mayoría (Lerman y otros, 2016) y llamarnos a engaño; detectamos bien las alianzas globales de las corporaciones mediáticas que imponen discursos; sabemos de economía de la atención y de que parte de la batalla se libra en la palma de la mano, soporte habitual de las pantallas inteligentes hacia donde cae la mirada de miles de millones a diario. Hemos acumulado experiencia y sabemos que, a la hora decisiva, pueden apagarnos digitalmente, parcialmente en lo analógico y mucho menos en la dimensión comunitaria. Contamos en la actualidad con cierta (sólida aunque aún insuficiente) batería conceptual para caracterizar la actividad enemiga: manufactura del consentimiento (Chomsky y Herman, 1988); matrices de opinión (Karima Oliva, 2021); guerrilla semiótica (Fernando Buen Abad, 2021); dispositivos del desaliento (Santander, 2021), medios de desinformación (Serrano, 2009).

Se ha avanzado bien en el diagnóstico y en la denuncia de la acción enemiga; tenemos pues “un punto de partida”. Complementemos ese postulado de Lenin de 1901 con uno del Comandante Chávez de 2010 “¡Esto es guerra comunicacional! Al pueblo hay que darle cañones fuertes donde el enemigo es fuerte”¹. Hay pues que hablar también de nuestros cañones. Tenemos por dónde empezar; veamos cómo proseguir, cómo adquirir poder de fuego y saber qué hacer, para que la denuncia y el diagnóstico, siempre necesarios, “no constituyan la actividad predominante” (Lenin, 1902: 86).

Hay una certeza que se infiere del diagnóstico hasta ahora realizado: tenemos una debilidad superestructural. Esta falla tectónica, sin duda, mucho tiene que ver con la superioridad tecnológica y de

1 Presidente Hugo Chávez, 2010, reunión con comunicadores populares en las montañas de Lara.

recursos del enemigo². Es decir, nuestra debilidad estructural se relaciona con y en parte se deriva de la asimetría estructural en que ocurre la batalla. Pero, aunque densa, esa no es la única variable. Otra es que la discusión en torno a nuestros propios cañones está escasamente desarrollada, es aún incipiente y hay que fortalecerla para hacerla dialogar ricamente con el diagnóstico del enemigo, el cual está más y mejor elaborado.

Eso implica, necesariamente, mirarnos y, por lo mismo, ampliar nuestra heurística. Pasar de fase. Tener dos centralidades en nuestra praxis político-comunicacional: el enemigo y nosotros/as.

2) Levantando categorías operativas propias

Lenín lo decía: “Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario. Jamás se insistirá bastante sobre esta idea...” (1902:40). Lo mismo vale para la batalla comunicacional. Ésta es, como nunca antes, parte del combate revolucionario. Desde ese ámbito –de batalla y comunicacional– debemos aportar a la teoría revolucionaria actual. Pero nos faltan conceptos. Creo que no exagero al sostener que desde la época de la Escuela de Fráncfort no hay una actualización teórica crítica en el campo de las comunicaciones que le sirva al movimiento revolucionario anticapitalista. Es cierto que la Escuela Latinoamericana de la Comunicación avanzó en esa línea desde finales de los 60 y a mediados de los 70, pero esa rica labor –que por vez primera propuso Políticas Nacionales de Comunicación, que incluso influyó en el Informe McBrigh– se vio truncada con la cadena de golpes de Estado y dictaduras en nuestro continente. Desde entonces, poco se ha avanzado.

Avancemos teóricamente, pero con categorías conceptuales “operativas”. Hagamos un acercamiento etimológico a este adjetivo; *operativo* incluye y provienen del sustantivo *opus...* trabajo, acción. Es decir, busquemos, elaboremos, inventemos, propongamos y usemos categorías concep-

tuales que sirvan para “guiar nuestra acción político comunicacional”. Si no guían nuestra práctica de lucha, no nos sirven, menos aún en la actual etapa que, por un lado, tiene una dimensión muy comunicacional y, por otro, tiene al imperialismo en una ofensiva brutal contra un campo revolucionario debilitado. Si no son operativas, se vuelven rizomáticas, gramatológicas, espectrales, en fin, postmodernas, es decir, buenas para nada en la lucha concreta, real y brutal a la que nos enfrentamos los pueblos de Nuestra América.

Hablamos pues de categorías que –en tanto orientan– después de proponerlas no pueden dejarnos sin respuesta, o sea, igual que antes. Ya contamos con algunas que hemos mencionado más arriba: matrices de opinión, dispositivos del desaliento, manufactura del consenso, etc. Sin embargo, hay que reconocer que la mayoría de ellas se generan a partir de nuestro análisis del enemigo, es decir, tienen un origen “enemigo-céntrico”. En tanto tales, son útiles para analizar al adversario y tienen una dimensión fuertemente defensiva. Pasar de fase implica enriquecer eso con categorías que también nos permitan analizar y guiar nuestra acción político-comunicacional ofensiva y contra-ofensivamente.

3) ¿Qué hacer? Un recorrido hacia el punto de llegada

Habiendo definido un punto de partida, así como la necesidad de dotarnos de un armazón conceptual propio cuyo andamiaje está en construcción, llegamos al momento en que, sobre la base de ambos, se requiere proponer algunas acciones político-comunicacionales concretas que fortalezcan nuestras posiciones.

a) Estudiar nuestras experiencias comunicacionales exitosas

Puede parecer una propuesta casi obvia, pero no lo es. Como campo revolucionario tenemos un déficit evidente e inocultable: no conocemos ni adecuada ni suficientemente las experiencias comunicacionales exitosas que hemos inventado, creado e implementado en las últimas décadas en esta desigual batalla. ¿Qué hemos hecho bien?

2 Snowden por ejemplo, nunca deja de recordar que la Internet es “básicamente una cuestión estadounidense”.

¿Qué hacemos bien? ¿En qué somos fuertes? Son preguntas necesarias y urgentes, porque no hay duda de que la sistematización de sus respuestas, el estudio y la conceptualización de estas experiencias, nos darán luces y pueden servir de guía para elaborar nuestros propios protocolos.

Por ejemplo, ¿cómo ha hecho Venezuela –fetiche trastornado de la prensa mundial– para resistir al ataque mediático-comunicacional más duro, prolongado y global nunca antes visto contra un país? ¿Por qué el canal estatal VTV logra altos niveles de audiencia y compite de igual a igual en *rating* con los canales privados, incluido los del imperio Cisneros? ¿Cómo ha logrado el chavismo tener tantos comunicadores/as con canales, cuentas, iniciativas info-comunicacionales propias? ¿Cómo se explica el éxito del programa televisivo semanal, “Con el Mazo Dando” que conduce el número dos del gobierno, Diosdado Cabello, y que ya va casi en su emisión número 400?

O para el caso de Cuba, ¿qué pasó entre julio y noviembre de 2021? En esos cuatro meses, luego de un inicial estupor de las filas revolucionarias por las protestas callejeras ocurridas el 11J, azuzadas por todo el aparataje mediático y los dispositivos tecnológicos del imperialismo, se pasó a una contraofensiva comunicacional que dejó mudos a los defensores del imperialismo dentro y fuera de la Isla. Activación de redes sociales, articulación de medios tradicionales (prensa, radio y tv), guerra de memes, actos de afirmación no virtuales (como la “Marcha de la Juventud” que congregó a más de cien mil jóvenes en noviembre), creación de la Plataforma Revolucionaria Sierra Maestra que reúne más de 70 grupos, medios digitales, canales e *influencers* revolucionarios, nuevos programas de televisión, rejuvenecimiento de la pantalla y un gran etcétera que debe ser sistematizado y estudiado.

b) Medios y comunicadores/as columna: reconocer y crear

En toda batalla se requieren columnas vertebrales que, realizando esa función, sostengan la acción combativa en sus diferentes variaciones. ¿Cuáles son nuestros medios columna que ocupan posiciones fijas? ¿Cuáles son nuestros/as comunica-

dores/as columna, que, como tales, maniobran y generan movilidad comunicacional y reacción informativa rápida y alternativa?

Precisemos conceptualmente. Entendemos como medio-columna a aquellos cuyo funcionamiento cumple un rol central en la construcción de comunidades interpretativas (audiencia), en la propuesta de una visión de mundo propia y contraria a la hegemónica (matrices de opinión), así como en el planteamiento de un modelo informativo autónomo (agenda). Son, por lo mismo, medios cuya presencia y acción comunicacional fortalece al campo popular en su conjunto, y cuyo debilitamiento o desaparición lo mengua, también en su conjunto. Para decirlo en términos *bourdianos*, su existencia tiene un “efecto de campo”, y debido a ello son objetivos de ataque prioritarios por parte del adversario.

Sin duda hay uno que es inmediatamente identificable: Telesur, canal creado por iniciativa de Chávez y Fidel. Hay otros, en el contexto analógico y en el digital, en planos menores, nacionales, provinciales, vecinales, etc. Hay que sistematizadamente identificarlos y analizar cómo se convirtieron en parte de nuestra columna y qué aporte hacen a la batalla. Hay otros, de alcance nacional, por ejemplo en Nicaragua, en Bolivia, en Argentina, en Chile. Lo mismo con comunicadores/as que son referentes, cuyo talento comunicativo y cuya movilidad individual, generalmente sostenidos en dispositivos tecnológicos, los han convertido en piezas importantes de esta contienda, y cuya presencia y acción tiene un efecto de amplio alcance que nos fortalece.

c) (Re)valorizar la comunicación directa

Puede sonar anticuado, *ochentero* se dirá, pero no debe ser así para el campo revolucionario. Se trata de valorizar la comunicación directa en su justa dimensión, sabiendo que lo hacemos en el marco de un mundo que transita por la Cuarta Revolución Tecnológica (4RI), la misma que ha creado una frontera difusa entre virtualidad y no virtualidad. No se trata de desconocer el alcance de la comunicación social mediática o el potencial de lo digital-global. Se trata de no descartar, debido al contexto tecno-digital, que la comunicación directa sí puede (debe, incluso) formar parte de

nuestro arsenal, que en ciertos momentos ésta hasta es imprescindible. Como ocurrió en Cuba recientemente, cuando después del 11J se activó todo un despliegue comunicacional contraofensivo que también incluyó la comunicación directa con el pueblo para enfrentar el llamado reaccionario para el 15 de noviembre que, básicamente, fue una maniobra imperialista sustentada en el calentamiento comunicacional de las redes sociales, apostando a calentarlas lo suficiente para lograr luego saltar de ahí a la acción de calle.

Hay diversas modalidades de hacerlo: el cara a cara es uno, el contacto en vivo radial es otro (así empezó Chávez su “Aló Presidente”), los *live* en redes, o iniciativas como la realizada por el grupo cubano de Telegram La Manigua, que luego de meses de exitosa performance virtual como canal de Telegram, saltó de la virtualidad al Primer Encuentro Nacional de La Manigua-Revolución Pa’ Rato, a mediados de diciembre de 2021, dando un paso audaz e interesante en el fortalecimiento material de una iniciativa digital-virtual, mediante la comunicación directa.

No debe olvidarse, además, que considerando la asimetría de recursos, mantener la experticia y las habilidades requeridas para desplegar comunicación directa puede ser un asunto de vital importancia... como cuando nos apagan. Es lo que nos ha ocurrido más de una vez. Durante el golpe de estado en Bolivia en 2019 se silenciaron inmediatamente medios públicos y comunitarios afines a Evo Morales y al Movimiento al Socialismo (MAS). O en noviembre de este año, cuando los gigantes tecnológicos cerraron centenares de cuentas afines al sandinismo en Twitter, Youtube (más de 80 canales) y Facebook (casi mil cuentas), justo una semana antes de las elecciones presidenciales.

d) Construir matrices de opinión propias

El punto de inicio ya señalado, basado en el diagnóstico del enemigo, nos ha permitido entender la importancia de detectar y denunciar lo que se ha popularizado con el término “matrices de opinión”. Carecemos aún en el campo revolucionario de una definición consensuada de este concepto. Oliva (2021) propone una que es un buen punto de partida y viene a llenar ese vacío definicional: “Una

matriz de opinión es una representación parcial de la realidad de impronta ideológica que responde a los intereses de determinado grupo de poder y se fabrica con la intención de producir o mantener la hegemonía y dominar la opinión pública respecto a un tema. Las matrices de opinión intentan crear condiciones subjetivas favorables para intervenir o administrar los procesos políticos. Se gestionan tomando en cuenta las características de los públicos a los que van destinadas.”

Sobre esa base demos el salto a pensar en nuestras propias capacidades de construir representaciones que, basadas en nuestros legítimos intereses políticos, contribuyan a generar condiciones subjetivas favorables para incidir sobre la opinión pública, en el marco de la batalla comunicacional, donde las matrices exitosas son artillería pesada.

Por ejemplo, ¿qué matrices de opinión contrahegemónicas se consolidaron en Chile, después del estallido social de 2019? ¿Cuáles lo hicieron en la opinión pública colombiana tras meses de movilización popular contra el “régimen uribista” (2019 y 2020)? ¿Qué matrices sedimentó en la audiencia colombiana el éxito del cortometraje digital *Matarife: un genocida innombrable*? ¿Qué matrices sostuvieron el genial bombardeo de memes cubanos que ridiculizaron y avergonzaron a los pitiyankees el 15N y, a la vez, alentaron y subieron la moral propia?

Al ofrecer marcos interpretativos sintetizados y comprensibles acerca de acontecimientos complejos, las matrices juegan, sin duda, un rol central en la batalla cultural por la hegemonía y en el combate por el sentido común. El enemigo las emplea perversamente, distorsionando con ellas la percepción de la realidad, y lo hace con eficacia. Es nuestra labor generar, con igual eficacia y sencillez, marcos interpretativos no alienantes para nuestras audiencias y más allá de ellas; pero no casual y espontáneamente, sino disciplinada y creativamente. Como decía el Ché, “luchamos contra la miseria, pero luchamos al mismo tiempo contra la alienación”. Esto último es una cuestión fuertemente comunicacional y está relacionada con la cuestión de las matrices de opinión.

e) Autoridades de red y tropa digital continental

No es ningún misterio que parte importante de la batalla comunicacional se juega en el contexto digital y, particularmente, en las redes sociales, espacio donde a diario millones de personas opinan acerca de las más diversas cuestiones, libremente, y en un flujo constante. Los y las revolucionarios/as tenemos que estar ahí, pero no basta con eso. Considerando el contexto de la asimetría estructural señalada y el hecho de que la actividad algorítmica beneficia a los movimientos de extrema derecha, hay que saber estar ahí. Hay dos temas mínimos que, en esa dirección, debemos abordar.

En primer lugar, tener nuestras “autoridades de red”. No me refiero a “popularidad en red” que es una cuestión más bien volumétrica y de visibilidad, propia, por ejemplo, de los llamados *influencers*. La autoridad de red es una cuestión topológica, no de volumen. En ese sentido, los/las usuarios/as o cuentas que ocupan dichas posiciones ejercen una influencia estructural en la conformación, la dinámica y las conexiones que una estructura de red adquiere. En segundo lugar, pensemos en crear una tropa digital (latinoamericana) que le dé visibilidad y potencia volumétrica a nuestras estructuras de red, de modo tal que nuestras au-

toridades de red (cuestión estructural/topológica) se potencien con nuestra legión digital, y viceversa (cuestión de volumen de actividad).

3) Punto de llegada: construir doctrina comunicacional revolucionaria

Todo lo anterior (y todo lo que aún nos falta por construir en esta etapa), tiene que apuntar en una dirección, a una meta propia de esta fase: construir doctrina comunicacional revolucionaria. El enemigo la tiene y ha optado por el flanco comunicacional para golpearlos fuerte hoy. Su opción es claramente por la Guerra No Convencional (GNC) y la Guerra de Cuarta Generación (G4G). Nosotros/as ya estamos claros que por ahí se arman los Playa Girón 2.0, las invasiones de nuevo tipo.

Para enfrentarlos hay que proponer una doctrina comunicacional acorde a los tiempos, construir un andamio que dote de carácter a la lucha y sea un organizador colectivo de nuevo tipo, pero en continuidad con la tradición internacionalista revolucionaria.

Esto es pues con trabajo colectivo, con discusiones grupales, con intercambios continentales, con estudio, sobre todo estudio y, por supuesto, con Fidel y Chávez en nuestros corazones.

Referencias:

Boutyline, A. y Willer, R. (2016). The Social Structure of Political Echo Chambers: Variation in Ideological Homophily in Online Networks. *Political Psychology*, 38(3): 551-569. Disponible en: <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/pops.12337>

Buen Abad, F. *Guerrilla Semiótica. Rebelión*. Disponible en <https://rebellion.org/guerrilla-semiotica/>

Chomsky, N. y Herman, S. (1988). *Los guardianes de la libertad*. Barcelona: Crítica.

Lerman K, Yan X, Wu X-Z (2016) The “Majority

Illusion” in *Social Networks*. PLoS ONE, 11 (2): e0147617. doi:10.1371/journal.pone.0147617.

Oliva, K. (2021). Para pensarnos Cuba hoy. *Granma*. Disponible en <https://www.granma.cu/pensar-en-qr/2021-07-21/para-pensarnos-cuba-hoy-21-07-2021-22-07-30>

Santander, P. (2020). *La Batalla Comunicacional. Defensa, ataque y contrataque en América Latina*. Caracas: Ed. El Perro y la Rana.

Serrano, P. (2009). *Desinformación*. España: Península.

Pedro Santander Molina es Doctor en Lingüística y profesor de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Actualmente dirige el proyecto “Demoscopia Electrónica en el Espacio Público” (Deep). Integra el movimiento Mueve América Latina.

Formación para la emancipación: la experiencia de ALBA Movimientos

Sistema Continental de Formación Política

Desde hace años, 13 escuelas latinoamericanas y caribeñas responden con su praxis a la pregunta “¿quién educa a los educadores?”. Desde el Pacífico hasta el litoral atlántico, desde el Caribe hasta los Andes, desde la Patagonia hasta el istmo centroamericano, un proceso lento y casi imperceptible transforma la conciencia de quienes han de transformar al mundo.



En el 2003 Fidel Castro pronunció en La Habana su histórico discurso conocido como “La Batalla de Ideas, nuestra arma política más poderosa”. El líder de la Revolución Cubana desarrolló allí algunos elementos fundamentales para cualificar el trabajo de los sectores populares y sus organizaciones políticas, a la hora de hacer frente al aparato cultural del sistema capitalista y a su ropaje neoliberal. Con este precedente, así como con las enseñanzas del venezolano Simón Rodríguez, —maestro de Simón Bolívar—, y del incansable brasileño Paulo Freire, nutrimos nuestro trabajo, con raíces que se entierran muy hondo en nuestra historia continental. La Articulación de Movimientos Sociales y Populares hacia el ALBA estableció como uno de sus pilares la *batalla ideológica y cultural*, en cuyo marco se desarrollan nuestras tareas de formación política.

De esta manera, a partir de nuestra experiencia como movimientos sociales y populares, decidimos reforzar la disputa por el sentido común para construir y fortalecer la identidad colectiva de Nuestra América. Con ello, pretendemos avanzar en el diálogo entre los procesos de investigación orgánicos, los símbolos y resistencias de nuestros pueblos y sus conocimientos ancestrales, con la producción de conocimiento teórico, filosófico, académico y práctico, acompañados por procesos de educación popular y transformadora.

Sin embargo, a pesar de estos ambiciosos objetivos, nuestra tarea demanda reflexionar en torno a un primer desafío: ¿Podemos hablar de formación política y disputa de sentido a nivel regional sin conocer quiénes somos, qué hemos hecho, y de qué manera lo hemos hecho? ¿Podemos hacer formación sin antes conocer las experiencias pedagógicas de nuestro continente, sus organizaciones, territorios y contextos? ¿Hablamos todos y todas de lo mismo cuando nos referíamos a la “formación política” o la “educación popular”? En torno a estas preguntas nos hemos orientado, en los últimos cuatro años, las trece escuelas de formación política que impulsamos en nueve países diferentes. Durante el 2019, las Escuelas

de Formación de ALBA Movimientos iniciamos un proceso de reconocimiento y proyección de nuestro trabajo desde una perspectiva continental. La Escuela Nacional Florestán Fernandes, nos recibió en julio de aquel año en Brasil para realizar el I Encuentro de Escuelas de ALBA Movimientos. Allí trazamos un primer plan de trabajo que ponía por delante la necesidad urgente de conocernos, e intercambiar nuestras experiencias y procesos pedagógicos.

El rol de la formación política en una articulación continental

A diferencia de la educación formal o la capacitación instrumental, la formación política no es un fin en sí mismo, sino que responde a un proyecto político colectivo que, en nuestro caso, tiene una envergadura regional y un claro objetivo emancipatorio. Por eso, nuestra primera responsabilidad es vincular estas propuestas político pedagógicas con los objetivos estratégicos de nuestra articulación continental. Así las cosas, la formación política en ALBA Movimientos tiene como condición fundamental la intencionalidad de construir una formación para la transformación, que logre trascender los límites establecidos por los estados nacionales y por las dinámicas locales, para enmarcarse dentro de una propuesta nuestroamericana e internacionalista.

Así, la formación política resulta determinante para desarrollar un imaginario y una identidad política común, propia de una articulación que trabaja en la construcción del socialismo en Nuestra América. Es decir, no puede haber proyecto político sin unidad de pensamiento, sin coincidencias profundas en la visión transformadora. Es la formación política, junto al debate democrático permanente, el medio por excelencia por el que las organizaciones políticas revolucionarias pueden fraguar esa unidad y cohesión. Estos elementos, vistos en su conjunto, son parte clave de una acción política eficiente, transformadora y con vocación de poder popular.

Debates y desafíos sobre la formación política

La intencionalidad de la formación política, entendida como herramienta al servicio del proyecto político, determina entonces cómo deben organizarse y construirse los procesos formativos en nuestras organizaciones. Aquí aparece la pregunta sobre el método y la metodología, la que ha sido uno de los elementos centrales que han guiado nuestro accionar como escuelas y como sistema continental. Entender que las diversas formas de abordar contenidos y objetivos político-pedagógicos hacen parte de la diversidad misma de organizaciones, sujetos, tradiciones y estrategias de lucha, nos ha permitido encontrar formatos y lenguajes que sean próximos a las realidades de los distintos contextos.

Tomamos el materialismo histórico y dialéctico como método para organizar los procesos formativos, vistos desde la realidad concreta de los territorios, sujetos y contextos. A este abordaje de la realidad se suma el elemento histórico, en la medida que nuestro método comprende los procesos sociales desde las determinaciones del pasado en el presente, y del presente para la proyección del futuro. La apuesta continental de ALBA Movimientos es la de crear las condiciones del cambio, y no el esperar que estas se generen de forma espontánea.

Por añadidura, nuestro método contempla un elemento central: en las sociedades de clase, hay intereses que son contradictorios, por lo que su enfrentamiento es permanente y dialéctico. Eso significa que las temáticas de estudio y los procesos formativos están guiados, no por intereses individuales, sino en pos de construir las alternativas más viables para un proyecto político revolucionario que ponga en el centro a los sectores populares y a la clase trabajadora de Nuestra América.

Al interior de un proceso formativo, las y los sujetos aprenden y enseñan de formas distintas. Esto implica que las metodologías deben estar adecuadas a esta multidimensionalidad, a eso que llamamos las “dimensiones pedagógicas”. Esto implica

pensar los procesos formativos más allá de los contenidos y las clases, involucrando el trabajo, la cultura, la mística, la organización, el intercambio y la construcción colectiva como dimensiones pedagógicas fundamentales para las transformaciones de conciencia.

Es importante resaltar las tradiciones y las historias que expresan las particularidades de América Latina y el Caribe y, dentro de ella, los componentes particulares y universales de los pueblos en lucha que constituyen nuestra realidad. Es la unidad del método lo que garantiza la diversidad metodológica que caracteriza los procesos formativos de ALBA Movimientos, pues los elementos comunes tienen sentido si aportan a las realidades de cada uno de los territorios y sujetos en lucha.

Con el objetivo de consolidar cada vez más la unidad en la diversidad, los procesos formativos de ALBA buscan dialogar con los desafíos de nuestro continente, sean ellos de carácter organizativo, programático, teórico y práctico; o sean producto de las dinámicas de las fuerzas conservadoras que inciden sobre nosotros. Más que una cuestión teórica o simplemente conceptual, la concepción de la formación de ALBA Movimientos, al articular el método y la metodología en términos de unidad en la diversidad, busca sobre todo organizar los sujetos de forma colectiva bajo un proyecto común.

La potencia de la articulación de escuelas

En los últimos años, el proceso de articulación en torno a la formación política ha sido una novedosa apuesta por estrechar los vínculos políticos y humanos, pero también ha permitido un salto cualitativo para las organizaciones y escuelas de ALBA Movimientos, principalmente en tres aspectos: 1) el fortalecimiento interno de cada una de las organizaciones desde el plano formativo; 2) el reconocimiento de la diversidad de métodos, metodologías y formas de abordaje de la formación política; y 3) la potencialidad política de la articulación de procesos formativos y escuelas

En primer lugar, el proceso de articulación en torno a la formación política le brindó a cada escuela la posibilidad de ordenar, sistematizar y producir una meta-reflexión sobre la práctica formativa concreta llevada a cabo en el marco de sus respectivos países, organizaciones y tradiciones de lucha y pensamiento. El trabajo de base en los asentamientos y favelas brasileñas, en los barrios y selvas colombianas, en las ciudades perdidas mexicanas, en los campos y villas argentinas –por nombrar sólo algunos ejemplos– encierran una serie de particularidades, difícilmente reductible a premisas abstractas e intercambiables. La articulación nuestroamericana, producida a través de la formación política, fue fundamental para la consolidación de cada una de las organizaciones que intervienen en los territorios nacionales, piensan y re-piensan su militancia cotidiana e intervienen en la realidad para transformarla.

En segundo lugar, se corroboró la diversidad y la riqueza de experiencias formativas, producto del proceso de sistematización del método militante de cada una de las organizaciones involucradas en la construcción de escuelas. En relación al punto anterior, y en las antípodas de las perspectivas universalistas que tienden a homogeneizar los procesos históricos y formativos, el proceso de articulación de escuelas de ALBA nos permitió comprender –nuevamente– que la cabeza piensa donde los pies pisan, y que los procesos de formación que emergen de la praxis militante son producto de las formas y los contenidos que adquiere la lucha de clases en cada territorio. La perspectiva de investigación-acción participativa del colombiano Orlando Fals Borda; la pedagogía de la liberación de Paulo Freire; la pedagogía del

Movimiento Sin Tierra; la metodología “campesino a campesino”; la formación ecuménica cubana; el teatro del oprimido de Augusto Boal; la concepción metodológica dialéctica de Oscar Jara; la educación pública popular de Isabel Hernández; el pensamiento pedagógico de Simón Rodríguez y de Simón Bolívar; las pedagogías feminista y decolonial en los procesos mesoamericanos, son sólo algunas de las expresiones de la riqueza conceptual y reflexiva de las clases populares en Nuestramérica. Y si bien la apropiación del marxismo en clave nuestroamericana ha sido central en la construcción de muchos de nuestros procesos formativos, este ha tenido un diálogo necesario con las corrientes pedagógicas y el pensamiento emergente de nuestros propios procesos de lucha, reflexión y construcción de conocimiento.

Podemos decir que el proceso de articulación en torno a la formación política en una plataforma continental, nos permitió comprender la potencialidad política y la importancia de la unidad en los procesos políticos y formativos de nuestras organizaciones y de nuestro continente. Las particularidades de cada escuela no opacan que nuestros pueblos tienen una historia común, de lucha contra los grandes poderes imperialistas: primero del imperialismo europeo (español, portugués, francés, inglés, etcétera) y más tarde, del imperialismo estadounidense. Retomando y reivindicando las singularidades y la diversidad de cada proceso formativo, estos puntos nos han permitido pensar una formación política de manera transversal, continental y como un proceso no acabado, que se encuentra en movimiento, y que acompaña los procesos de lucha de nuestras organizaciones y nuestro pueblo.

El sistema de formación de ALBA Movimientos está conformado por la escuela José Carlos Mariátegui de Argentina, la Escola Nacional Florestán Fernandes de Brasil, el Sistema Nacional de Formación Simón Rodríguez de Venezuela, el Centro Memorial Martin Luther King de Cuba y la Secretaría Continental de Formación de la propia articulación.

Procesos constituyentes del siglo XXI: antecedentes, balances y desafíos

Por Hernán Vargas Pérez

Fueron relativamente pocos los países sacudidos por la oleada reconstituyente de comienzos de siglo, pero sus efectos irradiaron en toda la región, e incluso a nivel global. Mucho más radicales y protagónicas que las tímidas reformas “multiculturales” de los años 90, las constituciones de Bolivia, Ecuador y Venezuela fueron el punto focal en donde se expresaron viejos y nuevos sujetos, y concepciones antagónicas sobre la economía, la naturaleza, la nación y el Estado.



I. De la noche neoliberal a los procesos constituyentes

La segunda mitad del siglo XX fue, en América Latina y el Caribe, una etapa profundamente dinámica. Dictaduras militares, retornos democráticos, agendas de ajuste neoliberal y consecuentes campañas de movilización fueron los principales signos de aquellas décadas. Como cierre de siglo, Estados Unidos convocó en 1994 una Cumbre de las Américas, para lanzar una propuesta que significaría la consolidación de su hegemonía regional: el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Mientras tanto, los pueblos de nuestro continente desarrollaron un ciclo de movilización en las calles y en las urnas que significó la caída de varios gobiernos neoliberales y el arribo de varios otros de corte progresista o de izquierda.

El segundo milenio gregoriano comenzó así con fuertes movilizaciones antineoliberales en Bolivia, Argentina y Ecuador; con gobiernos antineoliberales y populares como los de Hugo Chávez, Lula da Silva y Néstor Kirchner, pilares de la derrota del ALCA en la Cumbre de las Américas de Mar del Plata, en Argentina, en el año 2005. El rechazo al ALCA fue un punto de encuentro entre distintos proyectos políticos: entre el de Chávez, que proclamaba el socialismo y los de Lula y Kirchner, cuyos proyectos eran más bien neodesarrollistas (Katz: 2016). Este momento de nuestra historia fue útil para representar un punto de encuentro entre rumbos distintos y resaltar algunos caminos comunes entre aquellos bloques; en este sentido, fueron fundamentales los procesos constituyentes de Venezuela (1999), Bolivia (2006) y Ecuador (2007-2008), en tanto estrategias que consumaron un giro radical en sus respectivos países.

Transcurridas un par de décadas, creemos que entre las tareas pendientes de las izquierdas del Sur Global está el balance de esos procesos constituyentes: sistematizar sus aprendizajes, sus avances, sus límites y los desafíos por venir. En los últimos años aparece también el ejemplo de Chile y su Convención Constitucional y en menor medida el caso de Perú, con la sonada demanda de una Asamblea Constituyente, promesa principal del propio Pedro Castillo en su campaña. Además, en los momentos previos a los golpes de Estado en Honduras (2009) y Paraguay (2012) se planteó la

necesidad de una nueva Constitución, así como en Brasil Dilma intentó impulsar un referéndum para convocar una constituyente en 2013.

II. Aportes a un balance político de los procesos constituyentes

El balance requiere profundidad, sistematicidad y amplitud de miras. En lo que sigue ofrecemos un análisis en tres dimensiones: el mejoramiento de las condiciones materiales de las mayorías, la inclusión de sujetos políticos invisibilizados y oprimidos, y la construcción de un proyecto alternativo al orden hegemónico.

Constituyente y condiciones materiales de vida

A partir de los procesos constituyentes se redujo la pobreza y la desigualdad en Bolivia, Ecuador y Venezuela, y se recuperaron las capacidades de consumo de las mayorías. Antes de las asambleas constituyentes, lo que hoy se asumen como derechos eran meras mercancías: educación, salud, agua, electricidad, gas, vialidad, equipamientos, vivienda. Las constituciones de estos tres países habilitaron un giro en la redistribución del presupuesto que significó un aumento significativo de la inversión social: por ejemplo, en el caso venezolano el 70% del presupuesto nacional se orientó al gasto social.

Este incremento se cubrió con la recuperación del control estatal de industrias básicas de materias primas. Por lo tanto, los presupuestos nacionales dependían y dependen en buena medida de los precios de las materias primas, así como de la ampliación de las zonas de operación de dichas industrias. Todo eso se complementa con la capacidad de endeudamiento y crédito frente al sistema financiero internacional, capacidades claves para el comercio internacional.

Constituyente y sujeto político

En los tres países la constituyente significó el reconocimiento de los pueblos indígenas, campesinos, mujeres, jóvenes y en general de las mayorías trabajadoras, despojadas e invisibles para la polí-

tica tradicional. Estos sectores irrumpieron simbólicamente y se articularon en torno a las nuevas constituciones, emergiendo como representantes políticos y como sujetos de derechos antes no reconocidos, ejerciendo su soberanía de forma directa, a través de la participación colectiva o individual.

Este conjunto de avances significó, al mismo tiempo, una confrontación con las lógicas coloniales de la política al interior de los mismos sectores constituyentes (Bautista: 2014). Había quienes promovían la inclusión delegada de los sujetos políticos, erigiéndose como representantes asistencialistas y clientelares, que ofrecían derechos a cambio de apoyo, reelecciones y otras contraprestaciones. Entre el nuevo paradigma protagónico y las prácticas políticas tradicionales se dio una tremenda contradicción, azuzada por la presión de las derechas.

Constituyente y modelo alternativo

Los procesos constituyentes tuvieron como idea fundante a la soberanía. Se recuperó el control de fronteras y territorios, pero también de la economía, al nacionalizar y regular la acción de las transnacionales; la política se reasentó así en las masas y en la disputa por el futuro del país. También se le puso coto a las bases militares y a la participación conjunta con fuerzas militares estadounidenses. El Estado, que producto de los ajustes neoliberales estaba en vía de achicamiento, se reposicionó, estableciendo regulaciones sobre la banca, el comercio, las industrias y los sectores inmobiliarios. Quizás algunos de los elementos más sustantivos fueron el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas, y en el caso de Ecuador y Bolivia los derechos de la Madre Tierra. En el caso venezolano, el giro hacia una democracia participativa y protagónica significó el inicio de la construcción del poder popular como eje estratégico.

Por supuesto que todas estas perspectivas de avance contaron con una reacción que implicó una nueva etapa en la lucha de clases de nuestra región: represión y criminalización de las luchas populares, persecución y sicariato de líderes, ampliación de formas extractivas (hidrocarburos, finanzas, comercio e intermediación, especulación inmobiliaria, etcétera). Se desplegaron sucesivas

confrontaciones con sectores transnacionales, con la oligarquía nacional, y con los intereses de la burguesía. Al mismo tiempo, los Estados y los partidos se hicieron mediadores o intermediarios en la lucha de clases, presuponiendo que su rol era el de dirigir a las fuerzas populares, cuando no contenerlas o instrumentalizarlas. Cuando estas rehusaron alinearse, se indujo su desmovilización y su sustitución por estructuras más maleables.

III. Algunos desafíos para un nuevo ciclo constituyente

Constituyente económica

A pesar de haber sido formalmente procesos de creación de nuevas constituciones, los constituyentes nos retrotraen indefectiblemente a la idea de que la política es al mismo tiempo materialidad, legitimidad y factibilidad (Dussel: 2004). Es decir, no hay política sin una base material que la sostenga.

En ese sentido, los procesos constituyentes existentes y potenciales tienen como reto:

I) Superar la dependencia de la extracción de valor, que ha sido en nuestra región la forma principal de reproducción del capital. Y superar a la vez nuestro rol en la distribución internacional y colonial del trabajo. Reconocer esto pasa no solo por cuestionar el extractivismo, sino también por visibilizar las múltiples formas de extracción de valor que el capital no promueve pero sí se apropia (Gago, Mezzadra: 2016), como la financiarización y el endeudamiento, las operaciones logísticas de las cadenas de valor global y las economías del cuidado, entre otras.

II) Limitar o eliminar la dependencia del comercio internacional, lo que va de la mano de la superación de la extracción de valor. Si la economía de un país descansa sobre la posibilidad de vender mercancías en el mercado global, y opera para ello con créditos, deudas y múltiples operaciones financieras, su estabilidad interna estará inseparablemente ligada a los precios internacionales de las mercancías que compra o vende, a las calificaciones de riesgo para la inversión y a las consecuentes condiciones para obtener crédito.

III) Ampliar la mirada sobre la mixtura económica, puesto que las crisis de los últimos tiempos han llevado a posicionar la idea de que la economía nacional se fortalece con una economía mixta, de alianza entre el Estado y las empresas privadas. Es precisamente allí donde resulta crucial rescatar las claves del proceso constituyente que ha diversificado la mirada sobre lo privado, diferenciando entre transnacionales, grandes empresas nacionales, medianas y pequeñas empresas, así como emprendedores de diversa escala. Pero, sobre todo, poniendo la mirada sobre un mundo de asociaciones económicas comunitarias, colectivas, cooperativas y populares.

IV) Retomar la centralidad de la economía para la producción de bienes y servicios por encima de los circuitos improductivos que cada vez ganan más terreno, como es el caso de la especulación inmobiliaria, financiera y comercial. Estos importantes circuitos de concentración de capital suelen adjudicarse el crecimiento de un país, cuando solo generan rutas de redistribución y circulación de rentas para la acumulación del capital en elites regionales y globales. Y cuando, además, se sostienen sobre el trabajo de las grandes mayorías.

V) Por último, retomamos la idea de que la producción debe estar centrada en garantizar las condiciones materiales para reproducir la vida de la población. No se trata de la producción masiva de bienes para el mercado internacional. Esto sólo implica volver sobre los males de la dependencia colonial, poniendo en riesgo además la soberanía nacional. Un país que no garantiza las condiciones de vida de su pueblo dependerá de las redes globales que controla Occidente a través de sus Estados y sus conglomerados transnacionales.

Constituyente del poder

Si bien reivindicamos que los procesos constituyentes le han dado una centralidad política a las y los nadies, a mujeres, indígenas, campesinxs, obrerxs, trabajadorxs informales, comunidades afro, entre otras, no se trata solo de colorear los Estados con exóticos estilos diversos, sino más bien de dar, transferir, restituir y fortalecer el poder de las y los históricamente invisibilizadxs y oprimidxs. Parafraseando a Hugo Chávez (2005) y comple-

mentándolo con Frantz Fanon (1961), diríamos que no hay manera de superar el capitalismo sin darle poder a lxs condenadxs de la tierra.

En esa dirección resaltamos al menos cuatro retos seminales:

I) Apuntalar y promover zonas especiales bajo regímenes de gobierno comunitario, tanto en territorios rurales como urbanos. No se trata de imponerlos compulsivamente, sino más bien de reconocer e incentivar aquellos donde estas formas acumulan fuerzas, que no solo cuentan con tejidos organizados sino además con la legitimidad de haber sido delegados por sus comunidades.

II) Reconocer y fortalecer distintos modos de gestión de las condiciones comunes de vida, reconociendo los modos de gestión entre el Estado y los privados pero habilitando también modos compartidos y cogestionarios entre el Estado, las comunidades y los movimientos sociales. Y, al mismo tiempo, fortalecer los procesos que dependen exclusivamente de la gestión comunitaria o de la autogestión colectiva.

III) Lanzar o reactivar, en todos los territorios y sectores, instancias de cogobierno entre los propios organismos del poder popular, para favorecer la elaboración consensuada de planes y políticas públicas, incentivar los espacios de diálogo, las asambleas populares y los consejos populares de gobierno.

IV) Desarrollar vías de información permanente y mecanismos de consulta a la población, puesto que la fuerza con la que los procesos constituyentes han avanzado depende del apoyo popular masivo. Para sostener ese ímpetu parejo -que no es otra cosa que la confrontación con las élites- es indispensable robustecer la conciencia masiva y la voluntad de movilización y lucha.

Constituyente para la liberación

Hasta ahora los procesos constituyentes del siglo XXI han tenido como horizonte la refundación de las repúblicas, la descolonización del Estado (García Linera: 2014), la construcción de Estados Plurinacionales (Ecuador y Bolivia) o incluso la

edificación de un Estado Comunal (Venezuela). Todas estas, propuestas de ruptura con el modelo hegemónicamente impuesto en nuestras tierras por los países occidentales. Estos planteamientos no se derivan de ciertos arrebatos vanguardistas sino que, por el contrario, han sido consecuencia de las demandas, luchas y movilizaciones de un continente frente a un modelo de sociedad que entró en crisis. Por lo tanto, los horizontes constituyentes han sido en buena medida síntesis de las agendas perfiladas por los pueblos y las fuerzas alternativas.

En este contexto de disputa de proyectos y de crisis civilizatoria, queremos enfatizar algunos de los principales retos que supone la construcción de un proyecto para la liberación:

I) Delinear las bases de un modelo de desarrollo distinto al crecimiento capitalista y al “progreso” que ofrece la Modernidad, por un lado porque nuestros pueblos originarios parten de propuestas civilizatorias distintas a la civilización occidental capitalista, patriarcal, colonial y depredadora de la naturaleza. Pero, además, porque en las últimas décadas, a partir de los procesos constituyentes, se han desarrollado propuestas alternativas que centran el desarrollo en la vida y plantean al pue-

blo como sujeto fundamental de la transformación. Sin embargo, ni Bolivia ni Ecuador ni Venezuela han avanzado en un cuestionamiento orgánico al modelo de desarrollo, proponiendo nuevos objetivos y estableciendo un sistema propio para mensurar los niveles de avance en esa dirección.

II) Denunciar el modo de vida que nos vende/impone Occidente, el llamado *american way of life*, un modo de vida para pocos que ha puesto en jaque al planeta. Por eso es primordial que los procesos constituyentes denuncien frontalmente ese modo de vida y consumo infinito, irracionalmente derrochador de energía, agua, proteínas y otros elementos. Un modelo que cuenta también con patrones generalizados de violencia, discriminación y sometimiento.

III) Establecer como horizonte un modo de vida alternativo centrado en la vida, partiendo desde otros paradigmas: el sistema de vida comunitario de los pueblos indígenas, el buen vivir/vivir bien. Teniendo como perspectiva la reproducción de la vida y la abolición de toda relación de opresión.

IV) Finalmente, impulsar la integración de los pueblos de la región y el mundo, con particular énfasis en América Latina y el Caribe y los países del Sur Global.

Referencias:

Bautista, R. Descolonización de la política: introducción a una política comunitaria. Editorial AGRUCO, La Paz (2014).

Chávez, H. El poder popular: extractos de discursos. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información, Caracas (2008).

Dussel, E. Tesis de política. Siglo XXI Editores, México (2006).

Fanon, F. Los condenados de la Tierra. Editorial Txalaparta, México (1961).

Gago, V; Mezzadra, S. *Para una crítica de las operaciones extractivas del capital: Patrón de acumulación y luchas sociales en el tiempo de la financiarización*. Revista Nueva Sociedad, Buenos Aires (2015).

García, A., Mignolo, W., Walsh, C. Interculturalidad, descolonización del estado y del conocimiento. Editorial del Signo, Buenos Aires (2014).

Katz, C. Neoliberalismo, Neodesarrollismo, Socialismo. Editorial Batalla de Ideas, Buenos Aires (2014).

Hernán Vargas Pérez es Vocero del Movimiento de Pobladoras y Pobladores de Venezuela, integrante de la Secretaría Operativa de ALBA Movimientos y promotor del Observatorio Venezolano de las Economías Populares.